This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

F
2724
.A66
1896

A 407023

EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

EPISODIOS HISTÓRICOS

POR

ORESTES ARAÚJO

MONTEVIDEO
DORNALECHE Hnos.
EDITORES
Cerro Largo, 783

QUINTA EDICIÓN

F
2724
.A66
1896

A los lectores

Animados del propósito de ser útiles a la juventud, y de difundir entre las clases populares todos aquellos conocimientos que puedan serles provechosos, hemos compuesto el presente librito, que ve la luz pública sin ningún género de pretensión histórica ni literaria.

Destinado, como lo está, a gentes de saber limitado, ya por su edad o por su escasa cultura intelectual, hemos empleado en su redacción el lenguaje más claro y sencillo de que somos capaces, procurando a la vez ser tan concisos como lo permiten los diferentes temas desarrollados.

Y como la historia nacional, en sus diversas fases, nos brindaba abundante materia para

moralizar instruyendo, a tan rica fuente hemos ocurrido, encontrando en ella cuanto deseábamos, y aun más de lo que deseábamos, al extremo de vernos en la obligación de omitir varios episodios que, si bien despertarían el interés del lector, no se amoldan al móvil que perseguimos.

Si los severos ejemplos de un pasado no lejano obran el milagro de despertar en la presente generación sus naturales energías, adormecidas por el narcótico del más desconsolador pesimismo, grande será la satisfacción del autor de este humilde trabajo, con el cual pretendemos contribuir a la formación del carácter del ciudadano.

Se observará fácilmente que están en mayoría los episodios de carácter militar, lo que no debe causar extrañeza a nadie, si se tiene presente que desde el período de la presuntuosa invasión británica, punto de partida de nuestro libro, hasta hace poco tiempo, son más los años que el país estuvo entregado a la lucha a mano armada, que los que consagró a la bienhechora paz y al trabajo regenerador.

A pesar de esta circunstancia, siempre que hemos tenido conocimiento de algún hecho resaltante, de algún episodio conmovedor, de al-

gún pensamiento levantado, o de alguna frase valiente, los hemos incorporado a la serie que forman esta obrita, sin preocuparnos de quién emanaba, pues no entra en nuestros planes hacer la apología de tal o cual personaje político o militar, sino ofrecer al lector ejemplos nacionales que conforten su ánimo, cualquiera que sea la procedencia de aquéllos.

Tampoco hemos querido aprovechar sucesos de la vida de los partidos, huyendo así del riesgo de que se nos pudiese tildar de parciales, si bien es verdad que ciertos episodios de la época de la *guerra grande* tienen cabida en la presente obrita; pero se notará que en la relación de los episodios concernientes a este período se ha procurado no herir susceptibilidades, ni ahondar heridas aun no cicatrizadas.

A la bondad del señor don Wáshington Bermúdez, tan galano escritor como cumplido caballero, debemos la narración del rompimiento de Artigas con los españoles, inserta en una de sus obras, y en la presente reproducida por nosotros mediante su anuencia, que nos complacemos en agradecer públicamente.

En cuanto a los demás episodios, todos, así como el aludido, son rigurosamente verídicos, habiendo sido, unos, entresacados de la historia

patria, y otros, completamente ignorados para la generalidad de las gentes, recogidos de la tradición oral y comprobados con los pocos testigos que van quedando de épocas de antaño.

Si apelamos con demasiada frecuencia a las fuentes de la crónica histórica, es debido al deliberado propósito de describir, aunque no sea más que superficialmente, el medio en que se movía el héroe del episodio relatado, pero nunca impedidos por el ridículo alarde de una erudición que con justicia va cayendo en desuso.

Dadas las explicaciones que anteceden, sólo nos resta desear que nuestro trabajo satisfaga a todos, todos de él aprovechen en pro de su propia educación moral, y tengan imitadores los nobles, generosos y patrióticos personajes que frecuentemente sacamos a relucir en las presentes páginas, si pobres en la forma, santas en la intención.

ORESTES ARAÚJO.

La Paz, Noviembre 2 de 1896.

ÍNDICE

	Págs.
1807. — Filantropía y patriotismo.....	1
1811. — De cómo Artigas rompió con los españoles.....	7
1812. — De oficial a soldado raso.....	13
1813. — Moral patriota.....	17
1815. — Una frase de Artigas.....	23
1815. — El regimiento número 9.....	29
1817. — Artigas y los perros cimarrones..	35
1817. — Ojo por ojo y diente por diente..	41
1819. — Las apariencias engañan.....	47
1820. — Generosidad de Artigas.....	55
1823. — El capitán Pedro Amigó.....	63
1825. — El episodio sublime....	69
1826. — Proclama de Alvear a los orientales	77
1826. — Abnegación de Luna.....	81

Págs.

1827. — Un garbanzo de a libra..... 89
1828. — Frutos de discordia 95
1828. — Astucias de Rivera.... 101
1828. — La bandera de la patria..... 107
1830. — Lo que hacía Artigas con su sueldo 111
1843. — Hospital improvisado..... 117
1844. — Patriotismo de la mujer oriental... 123
1846-1850. — Las cuentas de don Joaquín Suárez. 129
1846. — Palabras de un valiente..... 135
184.. — Las balas de cañón..... 143
1852. — La entrega de Martín García..... 151
1862. — El culto de la verdad..... 157
1866. — La muerte de Palleja..... 165
1869. — Rasgo característico..... 171
1876-1877. — El rey de la escuela..... 179
1880. — Avaricia castigada..... 185
1888. — Las crecientes del Yaguarón..... 191
1889. — Contra envidia..... 199
1894. — Filantropía agrícola..... 213

Filantropía y patriotismo

(1807)

Favorecidos por el desamparo en que España tenía a sus posesiones americanas, unos cuantos aventureros ingleses se introdujeron por el Río de lá Plata resueltos a atacar la ciudad de Buenos Aires, como así lo hicieron en la tarde del día 25 de junio de 1806, apoderándose de ella por sorpresa el 27 del mismo.

Conocedores de este inesperado acontecimiento, los habitantes de la siempre heroica y abnegada Montevideo resolvieron hacer un supremo esfuerzo para libertar a sus hermanos de la odiosa dominación británica, enviando a

Buenos Aires una expedición militar al mando de don Santiago Liniers, quien, después de sostener una honrosa lucha con los intrusos, logró que éstos se rindieran a discreción, quedando de este modo efectuada la reconquista de la capital del Virreinato.

Mientras la ciudad vecina era teatro de estos gloriosos acontecimientos, llegaba a Inglaterra la inesperada noticia de la toma de Buenos Aires, y fué tal el entusiasmo que al conocer esta victoria se apoderó del pueblo y el gobierno británicos, que este último resolvió tomar a su cargo la completa dominación de los territorios comprendidos en la cuenca inferior del Plata, a cuyo efecto envió un refuerzo de cinco mil hombres; pero como veinte días después supiesen en la Gran Bretaña el triste desenlace de la reconquista de Buenos Aires por los intrépidos expedicionarios de Montevideo, aquel contingente fué reforzado con otros siete mil soldados.

Éste es el origen de la aparición en las aguas de la ciudad de San Felipe y Santiago, el año siguiente, de una poderosa escuadra inglesa,

compuesta de más de cien embarcaciones entre navíos, fragatas, transportes y buques menores, conductores de un poderoso ejército de desembarco, cuyo orgulloso jefe intimó por nota la rendición incondicional de la plaza, a lo cual se negaron autoridades y pueblo, preparándose a vender caras sus vidas en defensa de la integridad del territorio.

El vecindario de Montevideo era escasísimo en aquella época, pues apenas alcanzaba a unos quince mil habitantes; pero no por eso se acobardó ante la superioridad numérica del enemigo, la excelencia de sus armas y la destreza de sus generales, sino que se dispuso a combatir, aunque con pocas esperanzas de vencer; creencia que enaltece más todavía su resuelta actitud.

Todos se aprestaron a la lucha: ancianos y jóvenes, ricos y pobres, militares y ciudadanos, hasta aquellos que jamás habían manejado arma alguna, como Francisco Antonio Maciel, por ejemplo, cuyo carácter plácido y bondadoso no se inclinaba a empresas bélicas, sino más bien a la realización de obras de caridad.

Fundador del hospital público de Montevideo, se ocupó siempre de los enfermos que se albergaban en aquella santa mansión, y en previsión del daño que pudieran recibir si los ingleses se resolvían a atacar la ciudad, dispuso que fuesen trasladados a un saladero que poseía en el Paso del Molino, en donde él los atendía con paternal solicitud.

« La proximidad del enemigo — dice el autor de una reseña del Hospital de Caridad — hace que todos los habitantes tomen las armas. Maciel es el primero que se presta a defender la patria, y al frente de su compañía se incorpora al brigadier de ingenieros don Bernardo Lecoq, que con las tropas de la plaza verifica una salida el 20 de Enero de 1807.

« Empeñado el combate, los sitiados hacen prodigios de valor, pero son impotentes ante la organización y el gran número de las fuerzas inglesas, y tienen que replegarse a los muros de la ciudad. Corre la sangre de los valientes en ese terrible encuentro; pero la más preciosa es la del intrépido Maciel, que sucumbe en

la pelea luchando como un valiente, cual si quisiera probar a los enemigos de la patria que no es fácil domeñar a un pueblo que tiene hijos que, si practican la caridad sin reparar en la nacionalidad del que la ha menester, también saben morir como buenos en defensa del suelo en que nacieron y en el cual formaron su hogar y encontraron las más puras afecciones.

« Tal fué el glorioso fin que tuvo el virtuoso, humanitario, abnegado y patriota ciudadano don Francisco Antonio Maciel, cuyo recuerdo jamás será olvidado en la tierra donde tan insigne varón nació y en cuya defensa sacrificó su existencia. »

Su vida fué una continuada serie de actos de filantropía coronados por el sacrificio de su existencia, que inmoló en aras del más puro y acrisolado patriotismo; porque cuando la nación peligra, deber es de todo buen ciudadano imitar la conducta del *padre de los pobres.*

De cómo Artigas rompió con los españoles

(1811)

Entre las fuerzas que en 1811 guarnecían la Colonia del Sacramento, figuraba el famoso regimiento de Blandengues, una de cuyas compañías se hallaba a las órdenes del que en breve iba a ser nuestro primer caudillo, aquél que «en ningún tiempo quiso sacrificar el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.»

Aunque a la sazón «no aparecía bien clara la idea de la emancipación política, por estar disfrazada con la adhesión a Fernando VII,» como dice don Isidoro De-María, el capitán

de Blandengues simpatizaba en gran manera con la revolución de Mayo, y sólo aguardaba una coyuntura favorable para abandonar el servicio del Rey y ofrecer su espada a la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Esa oportunidad se presentó a últimos de enero o principios de febrero del propio año, y Artigas se apresuró a aprovecharla.

Imputábase una falta a un blandengue de su compañía, al cual había determinado castigar con todo rigor el brigadier Muesas, Gobernador de la plaza, sin atender a una instancia del capitán, en que pedía se procediera a las averiguaciones correspondientes.

Era el Gobernador un hombre de adusto semblante, áspero en las palabras, de genio arrebatado y modales poco cultos. Acostumbrado a mandar despóticamente, como militar chapado a la antigua, no desperdiciaba ocasión de hacer sentir su severidad a los que tenía bajo su dependencia, y se aprovechaba de la referida para soltar la rienda a su mal humor de costumbre.

Desestimando, pues, la razonable instancia del capitán Artigas, a quien había llamado a su presencia, lo amonestaba duramente por la falta atribuída al soldado. El oficial escuchaba con impaciencia, pero sin interrumpir a su jefe, la injusta reprimenda que le echaba, cada vez más exaltado y agresivo. Por fin éste concluyó de despacharse a su gusto, y el capitán tomó la defensa del blandengue.

Empezaba a producirse con energía y respeto a la par, cuando el Gobernador, no habituado a oír réplicas de sus oficiales, le intimó que callara y cumpliese lo mandado. Insistió, no obstante, el subalterno, y entonces Muesas, ciego de ira, mostróle con ademán imperioso la puerta del despacho, reiterándole la orden de castigar sobre la marcha al *delincuente,* « so pena, si le desobedecía, de ponerle una barra de grillos y enviarle preso a la isla de San Gabriel. »

Artigas, que ya pisaba el umbral de la puerta, hizo alto, dió media vuelta, y, pálido de cólera, avanzó un paso, clavó los ojos en el brigadier,

y repuso con altanería, llevando una mano a la empuñadura de su sable:

— Se engaña el señor Gobernador.

— Pues sepa que ahora mismo le he de poner la barra de grillos.

— Pues sepa el señor Gobernador que no he de dejármela poner, respondió Artigas volviendo la espalda a Muesas.

Y mientras éste quedaba pasmado de tanta osadía, el capitán se retiraba impávidamente, montaba en su caballo, y momentos después salía de la Colonia con el teniente de su compañía don Rafael Hortiguera, resueltos ambos a levantar el estandarte de la revolución en la Banda Oriental, de acuerdo con la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

A los pocos días llegaban a la capital del Virreinato y ofrecían sus servicios a la Junta, que los aceptó con júbilo y agradecimiento, nombrando teniente coronel al capitán Artigas, y autorizándole para organizar y acaudillar las milicias que reuniese en nuestro territorio. Tan pronto y bien desempeñó su cometido, que

tres meses más tarde, el 18 de mayo, alcanzaba una completa victoria en la batalla de Las Piedras.

Este espléndido triunfo fué solemnizado en Buenos Aires, donde levantó los ánimos decaídos a consecuencia de las derrotas sufridas en el Paraguay por el ejército del general Belgrano; y para recompensar al guerrero que don Bartolo Mitre ha calificado de «gaucho bárbaro y sin ideas», la Junta Gubernativa le mandó los despachos de coronel y una espada de honor.

De oficial a soldado raso

(1812)

Durante el año 1811, y mientras que orientales y argentinos sitiaban la plaza de Montevideo, que defendía con decidido ahinco y naturales bríos don Francisco Javier de Elío, un ejército portugués al mando del general don Diego de Souza invadió el territorio oriental con el pretexto de pacificarlo, aunque sus verdaderas miras eran las de convertir las comarcas platenses en una exótica monarquía manejada por la princesa Carlota, la cual sería coronada reina.

Ante esta inesperada invasión, que compli-

caba el problema de la causa revolucionaria, el Gobierno de Buenos Aires celebró un armisticio con Elío, por el cual los argentinos reconocían los derechos inalienables de España a estos territorios, el sitio que sufría Montevideo quedaría levantado, y el jefe de esta plaza obtendría el retiro de Souza y sus soldados.

Pero Artigas no se sometió a este convenio, que conceptuaba desdoroso para la causa de los patriotas, y aunque vióse en la necesidad de retirarse del sitio de Montevideo, continuó observando los movimientos de los ambiciosos invasores, y aun combatiólos por medio de las armas siempre que se ofrecía la ocasión.

Oigamos cómo el señor don Antonio Pereira describe esa época de la azarosa vida del libertador oriental, contando de paso un episodio que caracteriza la bondad de sus sentimientos y sus aptitudes para el mando y para la guerra franca y generosa:

« Apoderados de las Misiones los portugueses, el general Artigas los hostiliza constantemente por largo tiempo, y, sin dejarlos avanzar,

los mantiene en continua alarma, y en diversos sangrientos encuentros que tuvieron los patriotas con las huestes invasoras, la pericia militar y el valor de Artigas superaba a las mayores dificultades y vencía del número por su perspicacia en los combates. Sin poder presentar una batalla campal, su táctica fué la de fatigar de continuo al enemigo, haciendo la misma guerra que los españoles hicieron a los aguerridos ejércitos de Napoleón I, diezmándolos, como sabemos, por medio de una heroica resistencia y de hostilidades permanentes.

« De esta campaña se refiere un hecho, entre otros muchos, que hace resaltar la humanidad y nobles sentimientos del general en medio de su temple guerrero. En uno de aquellos combates, un soldado enemigo se hallaba en momentos de ser ultimado por su adversario, cuando Artigas, que recorría el campo, exponiendo su persona a los mayores peligros y afrontándolos con la mayor serenidad y bravura, dirige sus miradas al sitio en donde iba a tener lugar aquella escena, y, veloz como el rayo,

se precipita sobre el agresor, lo desarma y libra de la muerte al enemigo, profiriendo estas palabras:

« — No es de valientes cebarse en los heridos, sino de almas cobardes. Queda usted destituído del empleo de oficial y postergado desde ahora a la clase de último soldado.

« Y dándole la espalda prosigue combatiendo como un león y animando con bravura a sus legiones. »

Moral patriota

(1813)

Don Joaquín Suárez, cuya estatua se eleva actualmente en la plazoleta de su mismo nombre, fué siempre un ciudadano austero, de acrisolada moral pública y privada, generoso hasta arruinarse por la patria, dispuesto a todo género de sacrificios en obsequio del bienestar de sus conciudadanos, amante del brillo de las instituciones, esclavo de la ley y defensor de la libertad.

A estas excelentes dotes morales y cívicas reunía un carácter afable y bondadoso, sentimientos humanitarios, discreto discernimiento,

gran prudencia, sufrido en la desgracia, de lenguaje culto, modales sencillos e inquebrantable en sus resoluciones.

Fué, pues, don Joaquín Suárez un gran patriota, a quien las Legislaturas de tres diferentes períodos le otorgaron, con toda justicia, el honroso título de *benemérito de la patria;* distinción concedida a muy contados ciudadanos.

La admiración que despiertan sus repetidos rasgos de nobleza, el respeto que inspira su incomparable heroísmo y la veneración que infunden sus virtudes de apóstol, se hallan tan encarnados en el ánimo de sus compatriotas, que sería muy difícil hallar uno solo de éstos que se atreviese a empañar con la duda siquiera, el brillo esplendoroso de su universal renombre.

Ocupó los más altos puestos de la Administración pública, desde la época en que se luchaba por la independencia hasta la conclusión del sitio grande de Montevideo, en que los partidos depusieron las armas, sin que por esta vez se pudiera decir que hubiese *orientales vencidos ni orientales vencedores.*

Aunque el carácter de este hombre singular no se prestaba para la carrera de las armas, no dejó de empuñarlas en favor de la independencia de la patria, cuando Artigas levantó el pendón de guerra contra las autoridades españolas, hallándose en la batalla de Las Piedras, en la cual tomó parte al frente de una compañía de escopeteros, batiéndose con valor e intrepidez.

Cuando en 1813, peninsulares y continentales todavía luchaban con brío, cada bando por el triunfo de sus respectivos ideales, don Joaquín Suárez fué destinado al Arazatí con una fuerza de milicias de San José, a fin de que vigilara su costa, alternativamente barrancosa y aplayada, y tratase de evitar cualquier desembarco del enemigo.

Pero, la sorpresa que el comandante Suárez quería evitar por la vía fluvial, la halló en las selvas de aquellas panorámicas campiñas, de entre las cuales salió el día menos pensado un numeroso grupo de tropas realistas que la emprendieron con los republicanos, quienes lo ha-

brían pasado mal si no vienen en su socorro unos treinta hombres del escuadrón de Baltavargas, que también andaban por allí al ojeo de enemigos de la patria.

Reunidas estas fuerzas, cargaron sobre los españoles, quienes, a pesar de defenderse con el denuedo en ellos proverbial, fueron completamente derrotados, haciéndoles catorce prisioneros, incluso el oficial que los mandaba.

Era éste un militar de escuela, cumplido caballero y de esmerado trato, a quien un soldado de Suárez saqueó, apoderándose de cierta cantidad de onzas de oro que en su cinto llevaba, sin que el español se quejara del despojo ni el soldado hiciese partícipes a sus compañeros del fruto de su rapiña.

Debido tal vez a esta circunstancia, se enteró Suárez de suceso tan desagradable, y mandando llamar al delincuente, le hizo devolver el dinero robado, afeóle su mal proceder y terminó por dirigirle estas palabras, que la tradición ha conservado para honra y prez de quien las pronunció:

— Compañero, tenga presente, para en adelante, que defendemos la patria como soldados honestos, y no cual horda de forajidos. Puede usted retirarse y... que no se repita.

Y es fama que hechos denigrantes como éste no se repitieron durante el resto de la guerra; lo que prueba ser el que narramos un caso aislado, pues en honor a la verdad debemos decir que la moral de los patriotas sabía sobreponerse a las debilidades humanas.

Una frase de Artigas

(1815)

No existe oriental ninguno, celoso de las glorias de su patria, ni extranjero que con ellas simpatice, que ignore las causas del rompimiento de Artigas con los españoles, las luchas que se vió obligado a sostener contra los argentinos y la larga serie de sangrientas batallas y desiguales combates que libró desde 1816 a 1820 contra los intrusos que, en nombre del rey de Portugal, invadieron el territorio uruguayo a fin de apoderarse de él contra la voluntad de sus legítimos dueños.

La disputa entre orientales y porteños fué

más enconada que la que Artigas mantuvo contra los lusitanos, pues no sólo se trataba de defender la autonomía de la Provincia Oriental, sino también de hacer triunfar un conjunto de principios democráticos con los cuales no se avenían de buen grado nuestros vecinos.

Tal vez nazca de esta circunstancia el rencor de los porteños hacia Artigas, las injurias con que agravian su sacrosanta memoria, y las falsedades que se le atribuyen para rebajar su gigantesca talla moral, pero sin conseguir su propósito, porque la verdad se abre paso a través del tiempo y de la historia para demostrarnos, con hechos inequívocos, que los epítetos de traidor, déspota y sanguinario están en este caso tan desacertadamente aplicados, como son propios de un mal disimulado despecho.

El encono del Gobierno de Buenos Aires para con la personalidad de Artigas, lo condujo a adoptar, respecto de nuestro héroe, todo género de medidas violentas, al extremo de lanzar un furibundo decreto declarándolo traidor y fuera de la ley, ofreciendo seis mil pesos al

que lo entregase vivo o muerto, y prometiendo perdonar a los oficiales y soldados que abandonasen las filas del abnegado caudillo. Al que no las abandonara antes de cuarenta días se le sentenciaría a sufrir la pena de muerte, estando todo militar o ciudadano, no sólo obligado a negarle todo género de auxilios, sino también a matarlo.

Esta vengativa disposición exasperó con justicia al indómito vencedor de Las Piedras, que inmediatamente declaró la guerra al Gobierno de la capital argentina, llevando su espíritu revolucionario a las provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe; pero cuando un año después, las personas que componían aquel Gobierno fueron reemplazadas por otras, el nuevo Directorio anuló tan menguado decreto, así como las proclamas difamatorias dictadas contra Artigas, las que fueron quemadas en una plaza pública bonaerense, declarando su Cabildo ilustre y benemérito al jefe de los orientales, y reconociendo la pureza de las intenciones y procederes del héroe, quien, según aquella Cor-

poración, nunca se había hecho acreedor a semejante tejido de atroces imposturas.

Todavía hizo más el Ayuntamiento de Buenos Aires para congraciarse con Artigas, y, según un historiador moderno, «consumar por mano ajena la ejecución de sus rivales»: le remitió con un proceso bastante a justificar la muerte de los culpados, a siete enemigos acérrimos del caudillo oriental, los cuales eran los coroneles don Ventura Vázquez, don Matías Balbastro y don Juan Fernández; comandantes don Ramón Larrea, don Antonio Paillardel y sargentos mayores don Antonio Díaz y don Juan Zufriategui.

La indignación de Artigas ante tan gratuita ofensa no tuvo límites, y devolviendo el horrible presente, pronunció una de esas frases sublimes que lo caracterizan, demostrando que no eran sentimientos de fiera los que albergaba su pecho:

— *El General Artigas no es verdugo.*

Y en efecto, no fué verdugo el que después de la batalla de Las Piedras hacía respetar la

vida de los quinientos españoles prisioneros; no fué verdugo el que ponía en libertad al Barón de Holemberg y los quince jefes y oficiales que en una acción de guerra cayeran en poder del jefe de los orientales; y, en fin, no ha podido ser verdugo el que después de tener en su campamento al general Viamonte y veintisiete militares más, todos de alta graduación, rendidos en Santa Fe a las fuerzas artiguistas, les devolvía su libertad perdida, por más que Artigas no ignorase que, una vez recuperada ésta, volverían, como así sucedió, a empuñar las armas contra él.

Es así, con nobles, generosos y repetidos ejemplos, cómo la historia imparcial evidencia la exactitud de la célebre frase del Libertador oriental:

— *El General Artigas no es verdugo.*

El Regimiento número 9

(1815)

Cuando el reloj de la historia marcó la hora de la emancipación sudamericana, las colonias españolas fueron una a una sacudiéndose el dominio español y transformáronse en pueblos libres, regidos por instituciones más en armonía con sus aspiraciones y sujetos a los principios consignados en el moderno credo democrático.

En toda la América Meridional hubo, con tal motivo, derramamiento de sangre, pues si los americanos luchaban con ardor por la independencia del continente, los españoles cumplían con su deber defendiendo con no menor bra-

vura sus derechos a los vastos territorios que habían conquistado.

Aunque las alternativas fueron muchas, por fin la victoria coronó los esfuerzos de los que aspiraban a formarse nueva patria, y la batalla de Ayacucho, ganada por Sucre el 9 de diciembre de 1824, puso fin a la dominación española en la América Continental.

« La historia militar — dice un escritor imparcial — puede presentar ejemplos de batallas más sangrientas o de ejércitos mejor organizados; pero jamás han existido tropas tan maniobradas como las de ambos ejércitos beligerantes en la penosa guerra del Perú. El de Bolívar atravesando la América del Sur desde Caracas a Lima, para presentar la última batalla al ejército de la metrópoli; y éste, salvando los Andes una y cien veces, para combatir con breves intervalos en los más distantes territorios, realizaron empresas que casi no se conciben conociendo la naturaleza del terreno, la falta de caminos y las inmensas dificultades materiales y políticas de la situación. »

La Banda Oriental no fué de las últimas comarcas en sustraerse al movimiento separatista, y tras las batallas de Las Piedras y del Cerrito, y después del largo sitio que sufrió Montevideo, su valeroso defensor, don Gaspar Vigodet, tuvo que capitular, entregando la plaza al general Alvear el día 22 de junio de 1814.

Pero si la lucha entre realistas y patriotas había concluído en la región del Plata, en cambio continuaba con ahinco y perseverancia en otros puntos del continente, particularmente en el Perú, donde la suerte de las armas se manifestaba indecisa.

Por esta razón, y aspirando los argentinos a prestar su decidido concurso a la causa americana, organizaron un ejército para pelear desde las escarpadas cumbres de los Andes, en contra de las tropas españolas. De ese ejército formó parte el regimiento núm. 9, fuerte de dos batallones de 900 plazas, compuestos de orientales al mando del coronel don Manuel Vicente Pagola, cuyos servicios en aquel territorio fueron tan eficaces, que de ellos hace especial men-

ción don José Rondeau, general en jefe del ejército del Perú, patentizando, en un documento oficial, la presencia de ánimo demostrada por Pagola en la desastrosa batalla de Sipe - Sipe, la rígida subordinación en que mantenía el cuerpo de su mando y el arrojo temerario de los soldados uruguayos.

El episodio siguiente, que registran todos los historiadores, corrobora estas apreciaciones:

El hecho de armas que hemos citado tocaba a su término; los españoles habían triunfado en Sipe - Sipe, y Rondeau trataba únicamente de efectuar una retirada que, sobre costarle el menor número posible de vidas, fuese a la vez honrosa para las armas americanas; pero necesitaba un militar de su escuela y de sus bríos que hiciese frente a un ala del ejército enemigo, la cual envolvía gran parte de las huestes libertadoras, mientras que éstas se retiraban con armas y bagajes, ya que no con la gloriosa victoria, y ese militar fué el coronel Pagola, quien, una vez recibida la orden de retirada, detuvo su caballo, y encarándose con los suyos, les gritó:

—¡Alto... media vuelta.... fuego!

Y mientras que los soldados orientales luchaban con singular denuedo, y los gritos de guerra llenaban el espacio, y densas columnas de humo se formaban en la atmósfera, el ejército de los Andes se ponía en salvo, gracias a la intrepidez del coronel Pagola, a quien se debe que los vencedores detuviesen su persecución ante tan heroico comportamiento, y que los vencidos no quedasen todos sin vida sobre el campo de batalla. « En aquella infausta jornada —dice don Eduardo Acevedo Díaz —el regimiento oriental cargó dos veces a la bayoneta y las dos veces fué detenido por contraorden, encima del fuego nutrido, replegándose siempre en orden a su línea. Fueron sus restos los últimos en abandonar el teatro de la acción, ya sin su jefe, el coronel Pagola, que se había retirado herido, y dejando sembrado el centro con los cuerpos de sus valientes. »

« Éste fué el fin glorioso del regimiento número 9 de línea. »

Artigas y los perros cimarrones

(1817)

Víctima la Banda Oriental de las ambiciones de los portugueses y del encono de algunos políticos argentinos, que por odio a Artigas habían negociado en Río Janeiro la venida de los primeros, vióse en breve convertida en un inmenso campamento, pues si de una parte las tropas extranjeras ocupaban grandes zonas de territorio, el caudillo oriental reunía sus huestes en el Norte a fin de detener la atrevida marcha de los invasores.

Chocaron con estruendo las armas de ambos contendientes; sangre patriota y lusitana enro-

jeció la campaña uruguaya, y el luto y la desolación hicieron presa en el ánimo de las gentes más timoratas, de las abandonadas mujeres, de los impotentes ancianos y de los indefensos niños, que creían a su patria para siempre uncida al carro triunfal del conquistador.

Nutridas divisiones de soldados al mando de aguerridos generales cruzaban los campos, cometiendo al pasar todo género de atropellos, ultrajando a sus pacíficos moradores y, despreciando las conveniencias y respetos a que son acreedores los ciudadanos de un país civilizado, entregábanse a los mayores excesos en la propiedad y en las familias, sin que ninguno de sus jefes se opusiese a semejantes atentados.

El comercio languideció extraordinariamente; la industria ganadera, que sólo medra y prospera con la paz, casi extinguióse, y disminuyó la población, pues los habitantes huían del contacto de sus conquistadores.

« La guerra de la invasión duró tres años seguidos, — dice el escritor brasileño Pereira de Silva. — Las tropas portuguesas encontraron re-

sistencia, combates, celadas, oposiciones de toda especie, por todas partes y en todas las localidades de la provincia. Talados quedaron los campos, destruídas las poblaciones, desiertos los establecimientos de cría de ganado, industria principal y casi única del Estado. »

Rudos combates había sostenido Artigas y varias derrotas diezmaron sus filas, aunque nunca los descalabros que sufriera fueron bastante a decidirlo a deponer las armas.

Ejemplo de ello tenemos en la acción del arroyo del Catalán, que tuvo lugar el 4 de enero de 1817, considerada como una de las batallas más prolongadas y sangrientas que registra la historia de la independencia uruguaya. Todo el día se luchó allí con desesperados bríos, y si por desgracia para la causa de los orientales, quedaron miles de éstos en el campo de batalla, el triunfo de los invasores fué tan laborioso, que cubrió de honra a los vencidos, quienes patentizaron una vez más su incomparable heroísmo, su amor a la patria y su culto a la libertad.

Creyó entonces Lecor que aquel era el momento más adecuado para entrar en arreglos con Artigas, a fin de que pacíficamente se sometiese, y le propuso el goce del sueldo de coronel de infantería portuguesa, su retiro a Río Janeiro u otro cualquier punto del reino de Portugal para residir, a condición de que disolviese las ya reducidísimas fuerzas que le quedaban y entregase sus armas y municiones.

« Diezmadas se encontraban las fuerzas del Libertador; rota, aunque no abatida, su bandera, — dice el Sr. Arreguine; — sombrío el porvenir, y sin más esperanzas que la de la muerte; » pero el guerrillero oriental rechazó con dignidad las tentadoras proposiciones que se le hacían a cambio de un vergonzoso sometimiento, contestando al enviado del jefe portugués:

« – *Dígale a su amo que cuando me falten hombres para combatir a sus secuaces, los he de pelear con perros cimarrones.* »

« Y no fué vano alarde la frase, — dice el mismo autor, — pues en más de una refriega también éstos tomaron parte a favor de los re-

publicanos, de quienes parecían ser aliados en aquellas horas de correrías y vicisitudes en que los americanos compraban la independencia al precio de la vida. »

Ojo por ojo y diente por diente

(1817)

Aunque es verdad que algunos personajes políticos argentinos gestionaron y obtuvieron que los portugueses invadieran el territorio del Uruguay, no es menos cierto que en más de una ocasión se pusieron al lado de la buena causa, defendiendo los intereses de la Provincia Oriental y aun la vida de sus habitantes. Un ejemplo bastará para evidenciar esta afirmación; ejemplo del cual no debemos olvidarnos, pues, si bien con frecuencia el excesivo e inmoderado amor de los argentinos para consigo les ha hecho atender únicamente a su pro-

pio interés sin cuidarse de los demás, otras veces este egoísmo se ha cambiado en sentimientos generosos y abnegados que obligan a nuestra gratitud hacia el pueblo hermano en origen, idioma, hábitos y tradiciones.

El general Lecor, que ardía en innobles deseos de venganza cada vez que sus tropas eran hostilizadas por mal armados guerrilleros patriotas, y que a todo trance pretendía que el pueblo oriental se humillase a sus plantas, apeló para conseguirlo a todos los medios ilícitos que la humanidad reprueba y que el derecho de gentes no permite, siendo buena prueba de esta afirmación el documento que transcribimos a renglón seguido:

EDICTO

Artículo 1.° Toda partida enemiga que robare a maltratare a algún vecino o vecinos tranquilos e indefensos en sus casas o en su vecindario, serán tratados sus individuos, no como prisioneros de guerra, sino como salteadores de caminos y perturbadores del orden y sosiego públicos.

Art. 2.° Cuando las partidas, después de haber cometido algún atentado contra los vecinos que se hallasen bajo la protección de las armas portuguesas no pudieran ser aprehendidas, se hará la más severa represalia en las familias y bienes de los jefes e individuos de dichas partidas, a cuyo fin saldrán fuertes destacamentos del ejército portugués a quemar sus estancias y conducir sus familias a bordo de la escuadra.

Art. 3.° Un número suficiente de personas de toda confianza será empleado en velar sobre la seguridad y reposo de sus habitantes y dar una noticia individual a los comandantes más próximos, y éstos al cuartel general, de todos los excesos que cometieran las partidas enemigas y de las personas que las componen, para tomar, en consecuencia, las providencias oportunas.

Art. 4.° El presente edicto se comunicará y publicará en todas las poblaciones que están bajo la protección de las armas portuguesas.

CARLOS FEDERICO LECOR,
Comandante en Jefe.

Montevideo, febrero 15 de 1817.

Por el monstruoso edicto que antecede, se ve que la más refinada barbarie impulsaba al general Lecor, quien en esta ocasión no supo disimular sus ambiciones con buenas maneras y palabras suaves, como tenía por costumbre, sino imprimir a sus medidas el sello del despotismo político y militar, ante el cual se sublevó el Directorio argentino, haciéndole saber al pérfido invasor lo que contiene el siguiente documento :

BANDO del Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud-América, sobre promulgación de un edicto del general Lecor.

1.° Mientras el Comandante en jefe del ejército de ocupación en la Banda Oriental haga la guerra con dignidad y con sujeción al derecho de gentes, habrá por nuestra parte la misma correspondencia; mas si S. E. lleva a efecto las amenazas que contiene el edicto de fecha 15 de febrero del corriente año, mi Gobierno ejercerá la más rigurosa represalia, *verificando en cada tres vasallos de S. M. F. residentes en*

estas provincias, los mismos tratamientos que S. E. verificare en uno solo de los orientales.

2.° La misión extraordinaria a la corte de Río Janeiro queda suspendida hasta tanto que de un modo inequívoco se manifiesten ventajosas a estas provincias las negociaciones que pudieran entablarse, teniendo por base la independencia nacional, la evacuación del territorio oriental y la conformidad absoluta al espíritu público de los pueblos.

3.° Todos los portugueses residentes en esta capital saldrán dentro de tres días a la Guardia de Luján, estando seguros de que serán bien tratados, siempre que por parte del general Lecor no se realicen las amenazas que contiene el edicto mencionado, y de que sus intereses sean respetados conforme al derecho de gentes.

4.° Los oficiales procedentes del ejército portugués y del buque de guerra existente en este puerto, recibirán inmediatamente sus pasaportes para restituirse a la plaza de su procedencia.

JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN.

Buenos Aires, marzo 2 de 1817.

Ante tan resuelta actitud, las iras de Lecor se calmaron algún tanto, limitándose a apoderarse de las rentas públicas y a embarcar en buques de la escuadra a algunos de los orientales de más significación política y social.

Y fué así cómo Pueyrredón no pudo hacer efectiva su justa amenáza de *verificar en cada tres portugueses los mismos tratamientos que Lecor verificase en uno solo de los orientales.*

Lo cual, por otra parte, fué un bien para todos.

Las apariencias engañan

(1819)

Con el fútil pretexto de separar de la frontera el germen del desorden y ocupar un país anarquizado, pero en realidad por ambiciones tradicionales de conquista, a últimos de 1816 invadió la Banda Oriental un ejército de doce mil portugueses al mando del general Carlos Federico Lecor.

Opúsole inmediata, aunque infructuosa resistencia, don José Gervasio Artigas, cuyas huestes sufrieron fuertes descalabros, al extremo de ser completamente deshechas por los intrusos.

El jefe de los orientales organizó entonces

un segundo ejército, compuesto de indios de las Misiones, gauchos de Entre Ríos, milicias de Santa Fe y Corrientes, y crecido número de gentes de su Provincia, de las pocas que iban quedando aptas para empuñar las armas y contrarrestar a los usurpadores.

Desgraciadamente para Artigas y los suyos la suerte continuó protegiendo a los lusitanos, quienes triunfaron de nuevo en aquella lucha desigual de diez contra uno.

La altivez del precursor de la nacionalidad oriental no se doblegó ante tantos desastres; su férrea voluntad se sobrepuso a toda mira egoísta, e impulsado por el más puro y acrisolado sentimiento patrio, trató por todos los medios que las circunstancias le proporcionaban, de formar un tercer ejército que le permitiese redimir a su tan querida como infortunada tierra de la oprobiosa dominación de los portugueses, enemigos por naturaleza y por tradición, de los pueblos oriundos de Castilla.

Y fué tal la actividad que desplegara, y era tan sacrosanto el lema que el *Protector de los*

pueblos libres hacía ondear en las crestas de las más abruptas serranías, que al poco tiempo cuatro mil hombres militaban en sus filas, dispuestos a luchar sin tregua, a resistir con honra y a morir con gloria por la causa de su jefe, que era la causa de los oprimidos.

Sería interminable la enumeración de las batallas libradas, las marchas y contramarchas que tuvo que realizar el ejército patriota, las acciones de guerra de que fué teatro el suelo oriental, los frecuentes combates y las diarias escenas de pelea.

En una de estas pequeñas escaramuzas, en que, como siempre, luchaban los valerosos soldados de la libertad en desproporcionada relación numérica, cayó prisionero cierto portugués, hacendado rico, acérrimo enemigo de Artigas, hacia quien manifestaba el mayor odio.

Este sentimiento hostil para con el incansable luchador americano no era reciente: el lusitano lo albergaba en su pecho desde la venida del general Lecor, a quien había ofrecido el

contingente de su fortuna, su influencia y su persona en apoyo de la causa de Portugal.

Y tan proverbial era la actitud del opulento estanciero, tanto entre sus parciales como en las filas de los patriotas, que hasta el mismo Artigas tenía conocimiento de ella, sabía las donaciones que había hecho, el decidido concurso que prestara a las divisiones portuguesas y hasta las virulentas frases que empleaba en sus juicios relativos a su persona.

Un prisionero semejante era, pues, una magnífica presa para los soldados artiguistas quienes se apresuraron a poner en conocimiento de su jefe la adquisición que habían hecho.

— Condúzcanlo a mi presencia, — les dijo el general Artigas a los que habían venido con el parte, — pero sin decirle quién soy yo.

Una vez frente a frente el portugués y Artigas (que personalmente no se conocían), éste le preguntó por qué odiaba tanto al jefe de los orientales, y qué razones tenía para expresarse de un modo tan violento contra la personalidad del general Artigas.

—Porque es enemigo de nuestra nación, —replicó el portugués.

—Es cierto,—dijo Artigas,—que nuestro general es enemigo de los portugueses; pero no tiene él la culpa de serlo, sino que los culpables son los que, sin motivo ni razón, y prevalecidos de su fuerza, han invadido nuestro territorio, pretendiendo subyugar la libertad y la independencia de la Banda Oriental; los que aspiran por medio de una política pérfida y rastrera como la empleada por Lecor, a esclavizar a un pueblo que ha nacido para la libertad y no para humillarse ante un monarca extranjero, con el cual no nos ligan vínculos de ningún género, y que, además, carece de todo derecho para uncirnos al carro de sus tradicionales ambiciones. La actitud del general Artigas es una consecuencia natural de la posición en que se ha colocado Portugal; es un efecto, no una causa. Así, pues, el delincuente es el provocador, no el provocado, que se concreta a defender sus derechos, su patria y su honra.

Y así continuó el Libertador haciendo su

propia defensa, aunque sin darse a conocer, deshaciendo las versiones calumniosas que en su contra circulaban; desbaratando el tejido de imposturas de que era víctima, y tratando de convencer a su interlocutor de que Artigas no era enemigo de Portugal por sistema, sino por dignidad y patriotismo, y de que su causa era tan noble y tan justa como habría sido la de Portugal si otra nación más poderosa y fuerte que el reino lusitano hubiese intentado arrebatarle su libertad e independencia.

Al iniciarse esta conversación, el prisionero oía a aquel personaje, para él desconocido, con una indeferencia glacial, como hombre a quien no convencen razones; después lo atendió, pero con esa desconfianza peculiar de los incrédulos, hasta que, interesándose por las francas manifestaciones de Artigas, concluyó por escucharlo con verdadero recogimiento. ¡Tal es la influencia de la palabra cuando se pone al servicio de una buena causa!

— De modo, — prorrumpió el hacendado, — que Artigas no es una fiera.

—No, ni mucho menos, — dijo éste sonriéndose.

— Y ¿podría yo verlo? — preguntó el portugués con manifiesta curiosidad.

— ¿No temerá usted su presencia? — repuso Artigas.

— Y ante la firme negativa del decidido campeón de la causa de los realistas, el Libertador replicó:

— Pues entonces, sepa usted, ahora, que está hablando con el mismo general Artigas, el cual no tiene reparo en tenderle su mano y devolverle su libertad.

Atribulado al verse en presencia del hombre de quién se había formado un concepto tan erróneo, y conmovido por la libertad que se le otorgaba, el lusitano no tuvo palabras bastantes para expresar a Artigas su reconocimiento, su admiración y su respeto, retirándose convencido de que no deben emitirse juicios acerca de los hombres, aun los más calumniados, sin estudiarlos muy de cerca y sin conocer el móvil de sus acciones.

Generosidad de Artigas

(1820)

Sin pretender en esta ocasión describir el carácter del *Jefe de los Orientales,* debemos, sin embargo, indicar aquellos de sus rasgos más resaltantes, cuyo conocimiento dará a comprender mejor su falta completa de egoísmo.

Desde el año 1811 hasta 1820 dedicó su tiempo a la lucha, primero contra los españoles después contra los argentinos, y finalmente contra los portugueses.

Aquélla fué una época terrible para el Libertador: época de guerras, de contrariedades, de privaciones y de desengaños. Con dificultad se

hallará otro caudillo sudamericano que, como él haya sufrido tanto en tan poco tiempo.

Cierto es que su modo de ser le permitía soportar mejor que otro todas esas vicisitudes, pues era frugal en su alimentación, modesto en el vestir, parco en el ofrecer y decidido en el obrar; cualidades que, por otra parte, revestía de una extrema sencillez.

Artigas detestaba el lujo y las comodidades de que supieron rodearse otros Capitanes; no tuvo más aspiración que la libertad de su patria y fué su sola preocupación la lucha por la independencia.

Siempre fué pobre, y habiendo podido acumular cuantiosas riquezas (pues hubo un período de su vida en que su poder abarcaba no sólo la Banda Oriental, sino también las Misiones, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe), jamás la repulsiva codicia lo tentó, ni nunca se dejó arrastrar por otros tantos vicios que suelen dominar a los hombres cuando se ven saludados por las auras populares.

Cuando, el año 1806, el naufragio de la em-

barcación en que se transportaba de Buenos Aires a la Colonia lo dejó sin apero, ni ropas, ni poncho, la autoridad española tuvo que socorrerlo con 300 pesos, pues la paga que disfrutaba era tan escasa, que con ella no le habría sido posible reponer la pérdida sufrida.

Antes de su rompimiento con los españoles, la situación de Artigas no era menos apurada; pues, impagos sus sueldos, siempre en campaña persiguiendo a los vagos, contrabandistas y bandoleros, hubo un momento en que se vió en la dura necesidad de vender lo que tenía para poder atender a su familia, sujeta a todo género de penurias.

Nunca solicitó nada para sí ni para su persona, y tan sólo cuando en 1816 la miseria arreciaba en el hogar de su anciano padre, arruinado por los sucesos políticos de aquella tumultuosa época, se decidió a solicitar del Cabildo de Montevideo que se entregasen al autor de sus días 400 o 500 reses, a fin de que le fuese lícito, si no resarcirse de las pérdidas sufridas, a lo menos dedicarse de nuevo a la cría

del ganado. Y era Artigas, a la sazón, señor y dueño del territorio oriental, es decir, que no tenía necesidad de pedir, pues podía hacer y deshacer impunemente; pero su delicadeza fué en esta ocasión, como en otras, una barrera al absolutismo que algunos le atribuyen.

Administró los fondos públicos con tanta escrupulosidad, que siempre que había de recibir dinero lo hacía por conducto y autorización del Cabildo, y, en fin, no hay nadie que ignore que rechazó de los brasileños y de los norteamericanos los ofrecimientos de grados militares, honores y dinero que, en nombre de sus respectivos países, le hicieron el Barón de la Laguna y el Cónsul de los Estados Unidos.

Pero, de todos estos hechos que la historia justifica y que sus mismos enemigos no niegan, ninguno tan característico como el hermoso rasgo de despredimiento llevado a cabo en el momento más angustioso de la vida del gran patriota; la describiremos en breves frases:

Artigas había llegado a Corrientes perseguido por los que antes fueron sus parciales,

y acompañado de unos doscientos hombres, resto de sus diezmados ejércitos, se disponía a penetrar en el Paraguay, cuando acudió a su mente el recuerdo de sus antiguos compañeros de armas, que, en lucha desigual contra los portugueses, cayeron prisioneros de éstos y gemían en los calabozos de la *Isla das Cobras,* pelada roca que emerge de las aguas de la amplia y pintoresca bahía de Río Janeiro.

Allí estaban sujetos a la férrea opresión de Portugal, desde 1818, don Juan Antonio Lavalleja, don Bernabé Rivera, su hermano don Francisco Artigas y algunos jefes y oficiales más, víctimas de su acendrado amor al suelo de la patria.

Este recuerdo movió sus naturales sentimientos humanitarios, decidiéndolo a remitirles cuatro mil pesos que llevaba consigo, suma que tuvo que completar con veintidós onzas de oro, de que Artigas se desprendió de su peculio particular en obsequio de los leales compañeros que en tiempos nada lejanos le habían prestado su patriótico y generoso con-

curso en la ardua empresa de libertar a la Provincia.

Elige para el desempeño de misión tan espinosa a Francisco de los Santos, natural de la villa de Rocha, quien la acepta orgulloso de la confianza que ha sabido inspirar a su general, comprometiéndose a ir por tierra hasta la capital del Brasil y hacer entrega a los prisioneros de las cantidad confiada a su honradez y a su valor.

Parte, unas veces cruza campos desiertos, otras pernocta entre gentes sospechosas, sufre las inclemencias del tiempo, afronta inevitables peligros, y tras no pocas zozobras y mortales incertidumbres, llega a su apartado destino y cumple el encargo de su jefe, depositando aquella generosa dádiva en manos del bravo Lavalleja, quien no sabe que admirar más, si el abnegado desprendimiento de Artigas o la temeraria empresa tan felizmente realizada por Francisco de los Santos.

Con respecto a la acción de Artigas, creemos que en ninguna ocasión se podría aplicar

con más acierto que en la presente, una de sus célebres frases: *La grandeza de los orientales es sólo comparable a su abnegación en la desgracia.*

El Capitán Pedro Amigó

(1823)

Terminado con la batalla de Tacuarembó (librada por los patriotas contra las huestes invasoras) el doloroso período de la resistencia, en la cual Artigas se mostró tan intrépido y atrevido como noble e infortunado, el ejército portugués al mando del general don Carlos Federico Lecor se enseñoreó de la Banda Oriental, la que, con la denominación de Provincia Cisplatina, pasó a formar parte del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarbes.

Pero el 7 de setiembre de 1822, hallándose el príncipe don Pedro en la Provincia de San

Pablo, lanzó desde los campos de Ipiranga, situados en dicha provincia, el grito de independencia, viniendo a convertirse el Brasil en el más basto Imperio americano.

Una vez que el ejército de ocupación que dominaba la Provincia Cisplatina tuvo conocimiento de este suceso, se dividió en dos bandos: uno acaudillado por Lecor, quien pretendía que el territorio Oriental se incorporase al nuevo Imperio, y otro capitaneado por el brigadier don Álvaro da Costa, el cual intentó por medio de las armas, y con el concurso de algunos patriotas, contrarrestar la influencia del primero y conservar para la monarquía portuguesa la posesión y dominio de esta Provincia.

Breve fué la discordia, porque da Costa cejó en sus propósitos, y retirándose a Portugal con las tropas que permanecieron fieles al rey de ese país, dejó el campo libre al general Lecor, quien continuó gobernando la patria uruguaya en nombre del emperador don Pedro I.

Los pocos patriotas que habían abrazado el partido de don Álvaro, en la creencia de que

triunfante éste no sería difícil que Portugal soltase su presa, y por consiguiente que la Banda Oriental recuperara su libertad e independencia con más prontitud y facilidad que dependiendo del Brasil, viéronse obligados a emigrar para librarse de las venganzas de Lecor, de las cuales ellos habrían sido seguras víctimas.

Libre este personaje político de toda clase de enemigos, trató de vencer los pocos obstáculos que se ofrecían a su autoridad, y unas veces prodigando dádivas y honores a los más fáciles de corromper, y otras amenazando a los más difíciles de doblar, fué poco a poco dominando la tierra conquistada, como dueño y señor de las vidas y haciendas de sus habitadores.

No todos los ciudadanos, sin embargo, se ausentaron del país; no todos se dejaron arrastrar por falaces promesas, ni todos, tampoco, permanecieron indiferentes ante los sufrimientos morales de sus paisanos y la cruel humillación de la Patria. Los hubo que conspiraron para derrocar el régimen político imperante; quiénes esperaban con paciente virtud la oca-

sión oportuna de sacudir la dominación extranjera, y quiénes tenían el suficiente valor cívico para enrostrar a los usurpadores sus pérfidos procederes y su hipócrita conducta.

En la fila de los primeros militaba el capitán Pedro Amigó, antiguo oficial artiguista, hombre decidido y animoso que, como tantos otros compatriotas, trabajaba en secreto por recuperar la libertad perdida; y encontrábase entre los últimos el insigne ciudadano don Joaquín Suárez.

Amigó fué aprehendido y encausado, sin que una sola voz se hiciera oír en su defensa, sin que nadie intercediese por él, sin un protector que lo amparase en aquellos aciagos momentos en que una muerte sin gloria ni esperanzas se cernía sobre su cabeza de revolucionario.

Enterado Suárez del peligro que corría el valiente capitán, no titubeó un instante en ofrecerle sus espontáneos y desinteresados servicios como defensor, los cuales fueron aceptados por el encausado, a quien defendió con energía y altura, apelando a todos los recursos del arte y

del sentimiento, haciendo resaltar lo natural que era la comportación del capitán ante la patria oprimida y presentándolo como patriota decidido, ciudadano honesto y militar sin tacha.

De nada sirvió la inflexible lógica de don Joaquín Suárez, pues resueltos desde un principio los imperialistas a sacrificar a Amigó, lo condenaron a sufrir la infamante pena de muerte por medio de horca, siendo ajusticiado en Canelones, y acompañándolo Suárez hasta el último momento en aquel amargo y doloroso trance.

En cuanto a éste, corrió riesgo de ser deportado a la *Isla das Cobras*, a consecuencia de haberse brindado a defender al capitán, como lo hizo con virilidad y pasión, pues los dominadores habrían querido que ninguna voz se levantase en favor de Amigó, y mucho menos la del austero y respetado don Joaquín Suárez.

También era cierto que sólo don Joaquín Suárez era capaz, en aquellos oprovíosos tiempos de arbitrariedades, de tomar la defensa de un preso político pues le iba en ello su hacienda

y hasta su vida, dada la implacable saña de los ocupantes: circunstancia que hace más abnegada y valiente la meritoria acción de aquel eminente ciudadano, gloria de la humanidad y honra de su patria.

El episodio sublime

(1825)

La América del Sur de habla castellana había obtenido su emancipación con la batalla de Ayacucho, pero faltaba poner el sello definitivo a tan grandiosa conquista sacudiendo el dominio extranjero, a que estaba sujeta la entonces llamada Provincia Cisplatina.

Tema fué de las conversaciones de los emigrados orientales residentes en Buenos Aires el completo triunfo del inmortal Sucre, no faltando quienes pensaran que también su patria podría ocupar un puesto digno en el conjunto de las nuevas nacionalidades que se dibujaban

en el horizonte político del Continente Americano: estos hombres eran Juan Antonio Lavalleja, su hermano Manuel, Pablo Zufriategui, Simón del Pino, Manuel Meléndez y Manuel Oribe.

Dicen los historiadores que los precitados patriotas celebraron frecuentes reuniones en la casa de comercio de don Luis Ceferino de la Torre, decidiéndose en breve a abordar empresa tan temeraria, a cuyo efecto juramentáronse solemnemente para librar a la patria del yugo que la envilecía, o morir en la demanda.

La elección del jefe de los confabulados recayó en don Juan Antonio Lavalleja, a la sazón encargado del saladero de don Pascual Costa, cuyo establecimiento vino a ser el punto de reunión de los que simpatizaban con la noble y generosa causa que había abrazado aquel diminuto puñado de futuros héroes.

Decididos a libertar la Provincia, el señor de la Torre quedó encargado de allegar recursos en Buenos Aires, mientras que se trasladaban a la Banda Oriental don Manuel Lavalleja, don

Atanasio Sierra y don Manuel Freire, comisionados para explorar sigilosamente la opinión pública, conquistar voluntades y obtener los medios de realizar tan sanos propósitos. En su paso por el patrio suelo, los comisionados obtuvieron más éxito del que esperaban, pues todas las personas con quienes se pusieron al habla les ofrecieron su decidido concurso, y el comerciante español don José María Platero les facilitó 200 tercerolas, que hacía tiempo estaban depositadas en la Aduana de Montevideo.

Vueltos a Buenos Aires, y conocido por los demás compañeros cuál era el estado de los ánimos en Montevideo y su campaña, se trazó el plan revolucionario, que no podía ser más sencillo, aunque de dudoso éxito: invadir por el oeste, procurarse caballadas y empezar las operaciones. El punto elegido para el desembarco sería la Agraciada, donde tenía su estancia don Tomás Gómez, muy conocido de Lavalleja, y con quien los comisionados ya se habían visto cuando hicieron su viaje de exploración.

El 1.° de abril salió de San Isidro el primer lanchón conduciendo nueve expedicionarios, armamento y municiones, desembarcando en la isla del *Brazo Largo*, donde permanecieron quince días a la espera de los demás compañeros, que en otro lanchón estuvieron todo ese tiempo a merced de las olas que encrespaba un largo y furioso temporal; pues si el espionaje que en aguas de su jurisdicción ejercía el almirante brasilero Jacinto los alejaba de las costas orientales, la melindrosa actitud del gobierno de Buenos Aires obligábalos también a apartarse de las occidentales, a fin de no llamar la atención de nadie.

El 18 de abril se embarcaron los arriesgados expedicionarios en los dos lanchones y dieron comienzo a una travesía no muy larga ni penosa, pero sí llena de zozobras; pues el río, dice Spíkerman en la relación de su interesantísimo diario, estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales, que hacían difícil la navegación, la cual duró gran parte de la noche. Hubo un momento en que las embarcaciones de los

Treinta y Tres se encontraron entre dos buques enemigos, uno a babor y otro a estribor, de los cuales se alejaron a fuerza de remos.

A las 11 de la noche del día 19 de abril de 1825 desembarcaron en las playas de la Agraciada, besando con amorosa solicitud el suelo de la patria idolatrada. Pero, ¡cuán grande no sería su sorpresa al observar que estaban rodeados de la soledad más espantosa, sin otros recursos que los pocos que consigo habían traído, pero sin medios de movilidad, pues la caballada pedida a Gómez no aparecía, y éste no se encontraba en el sitio convenido! ¡Ni cómo podía hallarse allí, cuando, habiéndose hecho sospechoso de los brasileros, vióse obligado a abandonar su patria, sus intereses y su familia, huyendo a Entre Ríos!

Inmediatamente dióse cuenta el jefe de los expedicionarios de lo difícil y peligroso de su situación; pero dejándose arrastrar por un impulso patriótico, ordenó a los chalaneros que con sus lanchones se volviesen a Buenos Aires, mientras él y los suyos quedaban allí desam-

parados en su propia tierra y, como Hernán Cortés en Méjico, con la retirada cortada.

El lema *Libertad o Muerte,* no era, pues, para aquellos valientes una frase sonora, sino un propósito inquebrantable.

Lavalleja hace flamear la bandera celeste, blanca y roja, emblema de libertad, proclama a sus compañeros con frases del más exaltado patriotismo, que son contestadas con otras llenas de entereza, concluyendo todos por jurar solemnemente que llevarán a cabo la grandiosa empresa iniciada o morirán en la demanda.

Ignorando la causa por que el vecino don Tomás Gómez haya faltado a la cita, encarga Lavalleja a su hermano don Manuel y el baqueano Cheveste que se encaminen a la estancia de aquél en busca de caballos, volviendo algunas horas más tarde con 56 de éstos, proporcionados por los hermanos Ruiz, estancieros de las inmediaciones, a quienes Gómez había puesto al corriente de la invasión proyectada.

Tal es, ligera y pobremente descrito, el epi-

sodio sublime de la cruzada de los Treinta y Tres, que devolvió al pueblo Oriental su libertad e independencia, proporcionándole «las glorias más puras y las grandezas más altas.»

Anualmente se reunen al pie del obelisco que en las playas de la Agraciada señala el sitio preciso en que desembarcaron los atrevidos héroes, los vecinos de los pueblos de Dolores, Palmira, Carmelo y sus contornos, celebrando una simpática fiesta conmemorativa de la *cruzada*. Las autoridades nacionales y departamentales hacen acto de presencia, y aquellos parajes, desiertos durante todo el año, se animan con los acordes de las músicas militares, que hacen repetir a los ecos del monte y la llanura las armoniosas notas del himno patrio. Puéblase de gente la playa, embarcaciones de todo género hienden las aguas del Uruguay, y los arenales de la Agraciada se convierten en teatro de alegre y bulliciosa romería. Los

oradores hacen gala de sus ideas patrióticas, de su verbosidad y de su entusiasmo pronunciando elocuentes discursos, que son recibidos con atronadores y prolongados aplausos, y cuando el sol declina en el ocaso, despidiéndose con sus últimos rayos, todos se retiran, satisfecha su conciencia por haber cumplido con el gratísimo deber de conmemorar una de las fechas más gloriosas que registran los anales de la historia nacional.

Proclama de Alvear à los orientales

(1826)

Durante el lapso de tiempo mediado entre 1816 y 1820, es decir, mientras Artigas y sus huestes defendieron a mano armada su país natal contra los desmanes de los portugueses, el pueblo argentino permaneció alejado de la contienda, sus hombres más eminentes se cruzaron de brazos, impasibles, y los ejércitos que el más preclaro de los orientales opusiera al general Lecor y sus secuaces, fueron uno a uno deshechos tan completamente, que el *Protector de los pueblos libres,* desalentado y vencido, se retiró

del teatro de la lucha para no volver nunca más a pisar el suelo de la patria.

Pero cuando el año 1825, los Treinta y Tres realizaron la epopeya gloriosa del 19 de Abril; cuando Lavalleja y Rivera triunfaron en Sarandí, y la conflagración era grande en el Estado Cisplatino, el Gobierno de Buenos Aires no pudo sustraerse a la opinión pública, que lo arrastró a la guerra contra el orgulloso Imperio del Brasil.

El general don Carlos de Alvear fué nombrado jefe supremo del ejército aliado, compuesto de orientales y argentinos, a quienes, en número de siete mil hombres, pasó solemne revista en la costa del Arroyo Grande el día 15 de diciembre de 1826, dirigiendo a la vez la siguiente entusiasta proclama, que bien merece ser conocida, por hacerse en ella plena y acabada justicia al pueblo que siempre se ha encontrado dispuesto a luchar sin tregua, a resistir con honra y a morir con gloria por los fueros de su libertad y de su independencia:

El general en jefe del ejército de la República a los habitantes de la Banda Oriental

Orientales!

La hora deseada de todos ha llegado; las legiones de la República están en marcha sobre la frontera enemiga; dejad vuestras ocupaciones. Bravos del Sarandí! empuñad el acero y venid a llevar la libertad a vuestros vecinos; mostrad al mundo la diferencia que hay entre los pechos republicanos y los que están agobiados bajo un cetro de hierro.

El Imperio prepara nuevas cadenas para esclavizaros: preparemos nosotros cadenas de flores para los pueblos del Brasil que van a romper sus grillos y que van a aparecer por primera vez en el mundo de los libres.

Orientales! venid a engrosar las filas de los soldados de la República. Pueblo de valientes, que tantas veces habéis aspirado a la gloria, no perdáis la mejor ocasión de coronaros de ella. Venid a ver los pueblos que dominan vues-

tros antiguos opresores, y de donde salieran las cadenas que habéis arrastrado por diez años. Todo otro interés que no sea el de combatir por la libertad e independencia nacional en esta guerra sagrada, es indigno de vuestro valor y de vuestro heroísmo: él os acarrearía cien años de esclavitud.

CARLOS DE ALVEAR.

Cuartel general, en marcha, diciembre 25 de 1826.

Y tan justa era la causa que invocaba el ilustre militar argentino, y tanta fe tenía en su triunfo, que el ejército de su mando se cubrió de inmarcesible gloria en los campos de Ituzaingó, en que las legiones brasileras fueron humilladas, como lo habían sido en el Rincón y en Sarandí, y como lo fueron también en Bacacahy y Camacuá.

Abnegación de Luna

(1826)

Era el general don Juan Antonio Lavalleja un hombre de espíritu enérgico y resuelto, valiente en la pelea y magnánimo en el triunfo. Su fisonomía denotaba bravura, su aire franco y leal indicaba al patriota honesto y al buen ciudadano, y su actitud tranquila correspondía a sus reposados procederes. Estas cualidades lo hicieron el representante de la clase social conservadora, como el brigadier general don Fructuoso Rivera fué el caudillo de las masas populares campesinas, revoltosas y movedizas, aunque no menos patriotas que los elementos

que rodeaban al inspirador de la gloriosa aventura de los Treinta y Tres.

En cambio, el carácter del general Rivera difería extraordinariamente del de Lavalleja, ya se le estudie como militar, como político o ciudadano. Vehemente en sus pasiones, astuto en sus ardides de guerra, arrojado en sus empresas, generoso en demasía, sin otra ambición que la de la gloria, más se hacía amar que temer, siendo en resumen, la encarnación de las turbulentas democracias sudamericanas con todas sus virtudes y grandezas, con toda su irreflexión e intrepidez.

No es, pues, de extrañar que el estrecho vínculo del patriotismo que unió a estos dos prohombres después de la cruzada redentora, se aflojase cuando los argentinos intervinieron a favor de los orientales en la contienda que éstos sostenían contra el Brasil.

Rivera se plegó al ejército que, procedente del vecino país, vino en ayuda de los patriotas; mientras que Lavalleja, situándose con sus divisiones en el Durazno, negóse a mantener co-

municación alguna con el general en jefe de las tropas de la Confederación, pues se consideraba ofendido porque, en su concepto, el mando supremo del ejército aliado le correspondía a él y no a otro alguno.

Ni Lavalleja ni sus partidarios vieron con buenos ojos la actitud de Rivera (por más que éste, aunque a las órdenes de un general argentino, continuaba defendiendo la causa de la independencia del territorio), no faltando gentes poco escrupulosas que lo indispusieran con el Gobierno de Buenos Aires, a cuyo frente se hallaba a la sazón, como primer magistrado, el ilustre ciudadano don Bernardino Rivadavia.

Deseoso éste de averiguar la verdad, mandó buscar al general Rivera, y en las conferencias que con él tuvo, convencióse de la fidelidad del caudillo oriental.

Pero tan fuerte arreció la intriga, tanto se enmarañó la cábala y tal cuerpo fué adquiriendo la calumnia, que Rivadavia ordenó públicamente la prisión del brigadier, quien, avisado por sus amigos de lo que contra él se urdía, tuvo tiempo

de refugiarse en la provincia de Santa Fe, acompañado solamente de su fiel servidor el pardo Luna.

Esquivando el peligro que corría, pues las autoridades de las provincias habían recibido la orden de prenderlo, Rivera anduvo vagando por aquellas semi selváticas regiones, de pueblo en pueblo y de estancia en estancia, sujeto a grandes trabajos y pasando crueles necesidades, a causa de la persecusión de que era objeto y, sobre todo, por la carencia de recursos, que llegó a ser casi absoluta.

Apremió tanto la miseria, que en más de una ocasión faltaron los alimentos; o fué la subsistencia escasa; pues si bien Luna dedicaba algunas horas al trabajo y se prestaba a toda ocupación honesta, el producto de su generosa fatiga no alcanzaba a cubrir las necesidades de aquellos dos hombres.

Rivera se había ya desprendido de las pocas alhajas y gastadas prendas de su uso personal; y en cuanto a Luna, más se asemejaba a un pordiosero que al consecuente servidor y mo-

desto compañero de armas del vencedor de Guayabos y del Rincón.

Comprendía el pardo que la situación era tan insostenible como precaria, y aunque Rivera no se entregó nunca en brazos de la desesperación, advirtió Luna que de los ojos de su jefe solía brotar alguna lágrima de fuego, prueba inequívoca del impotente despecho que embargaba su alma.

Cierta noche después de una cena frugal en cantidad y calidad de alimentos, entablaron conversación acerca del mejor modo de salir de aquella situación tan apurada como agustiosa, y Luna le indicó al general que debía volver a Buenos Aires, presentarse a Rivadavia destruir el tejido de imposturas de que era víctima, y patentizar su inocencia; en lo que convino Rivera después de las dudas y vacilaciones que su dignidad, justamente ofendida, oponía a tan extremada resolución.

Adoptada esta medida, faltaban, empero, las medios materiales para ejecutarla, medios que Luna proporcionó pocos días después, presen-

tando al general Rivera una cantidad de dinero honradamente ganado, según manifestó el primero, y como muy en breve probaron los hechos con toda elocuencia.

Después de este inesperado suceso, Luna desapareció, siendo infructuosas todas las gestiones que Rivera hizo para encontrarlo.

Pasaron días y semanas sin que éste lograse adquirir noticias de su asistente, hasta que llegó a su conocimiento que su compañero de infortunios se había vendido como esclavo, siendo el producto de este generoso sacrificio aquel puñado de oro que le entregara pocos días antes, conseguido a cambio de su libertad personal.

Acongojado por este acontecimiento, en razón de que Rivera carecía de recursos con qué rescatar a Luna, y hondamente impresionado por este rasgo de magnanimidad, sin ejemplo en la historia de la abnegación humana, el caudillo oriental dirigióse al domicilio del amo de su leal servidor, a quien contó lo acaecido, pidiéndole su libertad a todo trance, no sólo

por no separarse jamás de aquel hombre fiel y generoso, sino con el objeto de hacerlo su amigo predilecto.

Y cuenta la fama que, verdaderamente conmovido el nuevo patrón del pardo Luna, le contestó a Rivera:

—Me apresuro a devolveros vuestro hombre sin compensación alguna, pues sería para mí un cargo de conciencia conservar como esclavo al que por la nobleza de sus sentimientos ha nacido para ser libre; y así asocio también mi nombre al vuestro, con lo cual os complazco y me honro.

Y haciendo comparecer a Luna, Rivera se apresuró a sellar con un fuerte abrazo su amistad con el buen pardo; amistad que sólo con la muerte se extinguió.

Un garbanzo de a libra

(1827)

El general don Eugenio Garzón es una de las figuras más simpáticas de la época de la independencia. Militar pundonoroso, sus procederes merecían el aplauso de todos sus compañeros de armas, su consejo era seguido hasta por los mismos jefes superiores, y sus ideas claras acerca de las cosas y los hombres infundían un profundo y merecido respeto. Era, además un militar valiente y experto, cuyos méritos le habían granjeado todo género de consideraciones, aun de parte de sus adversarios políticos.

En su larga vida de soldado (pues la principió al lado de Artigas en 1811, terminándola en 1851 en defensa de las libertades públicas de las comarcas platenses), jamás se separó de la línea de conducta marcada por el honor o el deber; siendo, por consiguiente, fiel observador de la inflexible ordenanza, — afirmación demostrada con el hecho de que no aceptó jamás ningún ascenso en su carrera, a no ser ganado por el rigurosa antigüedad, o por méritos contraídos en acción de guerra.

Cumplido caballero, de carácter franco y noble, de persuasiva palabra y maneras cultas era lo bastante instruído para sobresalir entre otros oficiales y jefes de su tiempo; leal hasta para confesar espontáneamente sus propios errores, que él mismo reconocía, y tan honrado, que la muerte lo sorprendió en medio de la mayor pobreza.

En muchos combates su energía venció las dificultades y desventajas en que con frecuencia solían tropezar o verse las tropas de su mando. Su reputación de militar organizador

era tan grande, que le entregaban las huestes más desmoralizadas y él las transformaba muy pronto en cuerpos admirablemente disciplinados.

Estaba dotado del talento de la estrategia, como se justificó en la batalla de Ituzaingó, ganada porque el general en jefe, contra el torrente de la opinión de su Estado Mayor, siguió los planes del bizarro militar oriental. Tan exacto es esto, que el general don Carlos de Alvear lo reconocía en el siguiente párrafo de una carta dirigida a aquel hábil e ilustrado militar:

« Siempre he recordado y he dicho a todos su parecer de usted la víspera de Ituzaingó, y así como no puedo echar de mi memoria que todos nuestros generales eran de opinión de esperar al enemigo en el llano traidor de la margen del Santa María, usted debe vanagloriarse de haber juzgado muy bien lo que debía hacerse, y que se hizo en efecto; y esto lo he contado a todos, porque le hace a usted honor y porque es una justicia que me complazco en hacer a su mérito. »

Ya sabemos que la batalla de Ituzaingó fué librada el 20 de febrero de 1827 por un ejército compuesto de cinco mil argentinos y dos mil orientales, a las órdenes del general Alvear contra nueve mil imperialistas, que constituían las mejores tropas del Brasil, mandados por el marqués de Barbacena, y que después de seis horas de pelea, la victoria se declaró a favor de los aliados.

Inmediatamente de este glorioso hecho de armas, que tanto contribuyó a obtener la independencia definitiva del Estado Oriental, el general de las fuerzas aliadas obsequió a varios jefes del ejército a sus órdenes con permisos para extraer ganado de las estancias brasileras, como justa represalia por el mucho daño que los imperialistas habían causado y seguían causando en el territorio del Uruguay.

El entonces coronel Garzón fué, como es natural, uno de los agraciados; pero en cuanto tuvo en su poder el respectivo permiso, se dirigió al sitio en que se hallaba Alvear, y sin quebrantar la subordinación que debía a su

superior, ni faltar a los buenos modos que lo caracterizaban, devolvió la autorización que se le había entregado, exponiendo que tenía una especial satisfacción en servir a su patria sin que se mezclase en ello el más mínimo interés de parte suya; a lo cual repuso Alvear, a modo de chuscada:

—De manera, señor coronel, que usted pelea contra los brasileros, pero no contra sus vacas...

—Yo lucho por la libertad de mi patria, pero no por el despojo de las haciendas del enemigo.

A cuya valiente frase, que tan generosos sentimientos acusaba de parte del jefe oriental, contestó Alvear con un apretón de manos, dejando así entrever que comprendía el infinito desprendimiento de su subalterno, que lo admiraba y que lo aplaudía.

Y era muy natural que estas impresiones sintiese el héroe de Ituzaingó, porque había tropezado en el coronel Garzón con *un garbanzo de a libra.*

Frutos de discordia

(1828)

Enfriada por la intriga y la calumnia la amistad que en días gloriosos para la patria Oriental unió a Rivera con Lavalleja, el primero pasó a Buenos Aires para dar cuenta de sus actos al Gobierno de Rivadavia, que requirió su presencia; pero como quiera que este ilustre estadista dictase poco tiempo después una orden de prisión contra él, seguida de un decreto declarándolo traidor, Rivera huyó a Santa Fe, donde, después de correr no pocas aventuras, sufrir un sinnúmero de contrariedades y padecer todo género de privaciones, fué por fin auxiliado por

don Estanislao López, Gobernador de la citada provincia.

Exento de penurias materiales quedó entonces el popular caudillo, pero no libre del estima infamante que decretara Rivadavia y mantuvo Dorrego, el cual sucedió inmediatamente al primero en el gobierno de su patria; y queriendo demostrar Rivera cuán inmerecido era el epíteto de traidor que sobre él pesaba, resolvió abordar una empresa tan peligrosa como de dudoso éxito: apoderarse de las Misiones, que antes formaban parte del territorio Oriental y que a la sazón pertenecían al Brasil.

Y como era un hombre que cuando proyectaba algo no vacilaba en realizar al momento sus planes, apenas contó con unos ochenta hombres, Rivera cruzó el Uruguay, y con este puñado de valientes puso en práctica su idea, tan temeraria en su ejecución como fecunda en resultados para la causa de la independencia uruguaya.

Lo que menos pensaban las fuerzas brasileras que guarnecían aquellas remotas y sosega-

das comarcas, era que su reposo pudiera ser interrumpido por nadie; de modo que el general Rivera cruzó sin mayores contratiempos el ancho Ibicuí, y cayendo de improviso sobre la guardia fronteriza, penetró en las Misiones, ocupó sus principales pueblos y engrosó su diminuta hueste, primero con las gentes que halló a su paso, y después con el contingente de entrerrianos y correntinos que el Gobernador López le llevó.

La toma de Misiones y el prestigio de Rivera atrajéronle multitud de compatriotas, argentinos e indios; de modo que muy en breve se encontró con un verdadero ejército que, aunque sumamente heterogéneo por la clase y calidad de las personas que lo componían, era bastante numeroso, puesto que llegó a alcanzar a unos 2.000 hombres; quienes constituyeron el llamado *Ejército del Norte.*

En la época en que estos sucesos se desarrollaban, el territorio de Misiones todavía presentaba vestigios de lo que fuera en más remotos tiempos: aún quedaban restos del pue-

blo de *San Nicolás,* patria de aquel célebre indio que quiso proclamarse emperador de los guaraníes; de *San Miguel,* poderoso núcleo de población que durante el largo período de la dominación española alcanzó a poseer cerca de siete mil almas; de *San Luis,* cuyos edificios eran los que más habían resistido a la acción destructora de los tiempos; de *Santo Ángel,* en el cual se deslizaron los primeros años del héroe de Ituzaingó; de *San Borja,* y otras varias aldeas que en otro tiempo fueron ricas reducciones sujetas al régimen sacerdotal de la Compañía de Jesús.

Aún se podían contemplar, con tristeza y desaliento, las macizas paredes de los templos construídos por los misioneros, sus rectangulares cementerios sembrados de sepulcros llenos de inscripciones latinas, castellanas o guaraníticas, y los vastos graneros semi derrumbados en que los indígenas convertidos al cristianismo depositaban los variados cereales, producto de aquel fértil suelo y de su constante trabajo.

Aparte de este cuadro, el territorio de Misiones, hoy como ayer, es hermoso por naturaleza, pues por todas partes se ven grandes *yerbales*, árboles seculares, cónicos y aislados cerros, y arroyos cristalinos flanqueados por tupidas selvas, en que entrelazaban sus ramajes el férreo urunday con el potente lapacho y el perfumado amarillo con el balsámico aguaraibá.

Pueblan estos feraces campos innumerables *tropas* de ganados alzados, cuya persecución y captura es el entretenimiento de sus moradores, y completa la poesía del paisaje el armonioso y variado canto de los pájaros, abundantísimos en esta privilegiada región de sano clima y azulado cielo.

Mientras que el general Rivera se apoderaba de las Misiones Orientales, el Brasil, que había sido completamente vencido en los campos de Ituzaingó, trataba de resolver si debía o no continuar la guerra, inclinándose a proseguirla en virtud de las penurias que sufría la República Argentina, y considerando que la discordia entre Lavalleja y Rivera disminuía extraor-

dinariamente la fuerza moral y material de los orientales.

Pero cuando el Emperador tuvo conocimiento de la pérdida de las Misiones; al saber que este riquísimo florón de su corona le había sido arrebatado, dijo a sus consejeros:

— *Con otra nueva discordia de los jefes orientales, se vienen hasta Porto Alegre: es preciso hacer la paz.*

He aquí cómo la audaz conquista realizada por el general Rivera arrancó a don Pedro I el reconocimiento de la independencia nacional.

Si, como algunos sostienen, el héroe del Rincón de las Gallinas se lanzó a la toma de las Misiones Orientales por despecho hacia don Juan Antonio Lavalleja, y este despecho dió como consecuencia la discordia entre ambos caudillos, bendigamos esa desavenencia, que inclinando el platillo de la balanza hacia el lado de la justicia, produjo para la patria Oriental auras de libertad y frutos de independencia.

Astucias de Rivera

(1828)

Una de las cualidades que distinguían al general don Fructuoso Rivera de entre la generalidad de sus contemporáneos, era su astucia incomparable, que lo mismo lo hacía apto para el engaño como para evitar ser engañado; sus ardides de guerra, mediante los cuales lograba artificiosamente cualquier fin, y su sagacidad, que empleaba con habilidad, le sirvieron en más de una ocasión para salvar sus tropas, esquivar el peligro y librarse de caer en poder de sus enemigos.

Merced a esta condición natural, más que a

su pericia militar, pudo en 1818 efectuar la célebre retirada del Rabón, en que, al frente de 1.700 soldados, se defendió de 3.800 portugueses sin perder un solo soldado, salvando así su ejército de un inevitable desastre; suceso que el mismo general Rivera conceptúa el más notable en toda la guerra contra españoles, portugueses e imperialistas.

Gracias a su astucia libró en 1820 a los patriotas que militaban en sus filas de caer en poder de los invasores, a quienes manifestó el general Rivera, cuando los lusitanos se extrañaban de que el caudillo oriental se rindiese acompañado solamente de cien hombres, que pues la campaña quedaba tranquila, había considerado un deber sagrado restituir a sus familias aquellas buenas gentes, todas pacíficas y trabajadoras: explicación que satisfizo a los portugueses.

Por último, a sus manejos y artimañas se debe que, después de la gloriosa cruzada de los Treinta y Tres, fuesen cayendo en poder de éstos la división de Borbas y otros contingen-

tes que facilitaron extraordinariamente los trabajos preliminares del bravo general Lavalleja, de quien fué Rivera, el año 25, campeón decidido y esforzado adalid.

Mas, todas estas vivezas de nuestro héroe quedan eclipsadas por el brillo de aquella de que se valió para penetrar sin mayores dificultades en el territorio de Misiones, burlando a la vez a las fuerzas de don Manuel Oribe, que lo perseguían de orden del Gobierno de Buenos Aires, y a la guardia brasilera que vigilaba la frontera de aquel privilegiado territorio.

El día 23 de abril de 1828, el general Rivera, seguido de unos ochenta hombres, llegaba a la margen izquierda del Ibicuí, cuyo río atravesaron a nado llevando los sables en la cintura y las pistolas atadas en la cabeza; pero como quiera que del otro lado les esperase una fuerte guardia brasilera, cargaron sobre ella apenas pisaron la opuesta orilla, y la vencieron en leal combate, causándole veinte muertos y haciéndole otros tantos prisioneros.

Mientras la victoriosa hueste se entregaba a

la faena de carnear unas reses, sobrevino una segunda fuerza imperial en auxilio de la que acababa de ser derrotada; a la vez que aparecía por la parte opuesta el coronel Oribe con su división, que venía persiguiendo a Rivera y sus acompañantes; es decir, que el vencedor de Guayabos se encontró inesperadamente entre dos fuegos.

Apelando entonces a los recursos de su ingenio, hace entender a los brasileros que su gente y la de Oribe formaban la vanguardia del ejército republicano, y que toda resistencia sería tan inútil como funesta, por cuyo motivo él, como antiguo amigo del Brasil, les aconsejaba que se retirasen, evitándoles así una derrota y la pérdida estéril de vidas; lo que creyeron los imperialistas, quienes todavía, agradecidos, se dispusieron a apartarse de un paraje tan peligroso.

Entretanto, Oribe, que desde la otra margen del Ibicuí observaba los movimientos de Rivera, viendo a éste departir tan amistosamente con los brasileros, lo supuso en connivencia con

ellos y se retiró apresuradamente, esperando que el tiempo aclararía la misteriosa actitud de su ex compañero de armas.

Tal fué la estratagema que sirvió de piedra angular al astuto caudillo oriental para la extraordinaria conquista del vasto territorio de Misiones.

La bandera de la Patria

(1828)

El día 4 de octubre de 1828 se canjearon en Montevideo las ratificaciones del tratado de paz celebrado en el mes de agosto del mismo año entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, con la mediación inglesa, por el cual se erigía la Provincia Oriental en Estado libre e independiente.

Con tal motivo, la Asamblea de aquella época expidió un decreto ordenando que el pabellón nacional fuese blanco con nueve listas de color azul celeste, horizontales y alternadas, dejando en el lado superior del lado del asta un cuadro

blanco, en el cual se colocaría un sol: pabellón que fué modificado en el año 1830, reduciendo el número de fajas a nueve, cinco blancas y cuatro celestes.

Con el objeto de dar cumplimiento al mencionado decreto, dispuso el gobernador y capitán general, que lo era el benemérito ciudadano don Joaquín Suárez, que el acto de enarbolar por primera vez la bandera oriental se verificase con toda pompa y esplendor, tanto en Canelones, donde a la sazón recidía el Gobierno Nacional, como en Montevideo.

« El 1.° de enero de 1829, a las 11 de la mañana, — dice el señor Maeso en uno de sus interesantes trabajos históricos, — los miembros del Cabildo partieron de la Casa consistorial dirigiéndose a la iglesia Matriz, donde debía celebrarse la ceremonia de la bendición de la bandera. Un numeroso pueblo llenaba la iglesia y la plaza. El templo había sido lujosamente adornado.

« Se cantó un *Te Deum* en acción de gracia por la independencia, y, una vez concluído

fué colocada la bandera oriental sobre un rico cojín, bendiciéndola el presbítero don José Bonifacio Pedruello. Finalizada la ceremonia religiosa, el mismo sacerdote, tomando la bandera, la colocó en manos del Alcalde de primer voto y éste la hizo tremolar, encaminándose autoridades y pueblo a la Casa consistorial; y una vez en ésta, el pabellón fué colocado en una gran asta que se había puesto en el frente. El pueblo, al ver enarbolada por primera vez su bandera, prorrumpió en esclamaciones entusiastas, mientras que el fuerte de San José y los buques de güerra extranjeros fondeados en el puerto hacían salvas de artillería. Autoridades y pueblo se obsequiaron con un refresco, durante el cual se pronunciaron brindis alusivos a la fiesta que acababa de tener lugar, y diéronse vivas a la prosperidad del país y al honor y gloria del nuevo pabellón. A la una de la tarde concluyó esta fiesta patriótica en medio del mayor alborozo.»

Otra fiesta análoga se celebraba en Canelones, en donde don Joaquín Suárez quiso izar

e izó por su propia mano el pabellón oriental, exclamando:

—*¡Que la nación viva eternamente libre y dichosa!*

Frase llena de ingenuidad, de sentimiento y de amor hacia la patria nativa, simbolizada en aquel momento por la bandera nacional, de la que ha dicho con tanta verdad como galanura un aplaudido poeta moderno:

Blanca y celeste bandera
Sin derrotas y sin manchas,
Marca el rumbo de la gloria,
Que es el rumbo de la patria.

Lo que hacía Artigas con su sueldo

(1820)

La batalla de Tacuarembó fué la última que los valientes patriotas acaudillados por Artigas libraron contra los usurpadores: tuvo lugar el 22 de enero de 1820, siendo la suerte de las armas desfavorable a los primeros, a pesar del denodado y sobrehumano esfuerzo que hicieron por salvar la libertad de la patria.

Impotente el valeroso caudillo de los orientales para continuar aquella lucha desesperada por lo desigual; « descorazonado por la fatalidad del destino, — dice De-María; — amargado por la ingratitud y las defecciones, y entriste-

cido por la suerte de la patria uncida al yugo de la dominación extranjera, sin poder salvarla,» resolvió retirarse al Paraguay y terminar allí sus días, alejado del resto del mundo y entregado a la incomunicación más absoluta.

Decidido a realizar su propósito, lo comunicó a sus compañeros de glorias y fatigas, y con unos 200 hombres se encaminó hacia la Candelaria, población situada en el rincón que forman el Paraguay, la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones, desde cuyo punto escribió al doctor don Gaspar R. de Francia, Dictador del pueblo paraguayo, pidiendo hospitalidad para él y sus acompañantes, la que les fué concedida, penetrando en aquel país el día 23 de septiembre de 1820.

Custodiados por un escuadrón de soldados fueron conducidos a la Asunción, en donde separaron a Artigas de los suyos para encerrarlo en el convento de la Merced, en cuyos claustros sólo permaneció unos seis meses, para ser nuevamente trasladado a una aldehuela denominada Caraguatay, situada a unos cuatrocientos

kilómetros de la Asunción, hacia la frontera del Brasil.

Francia cubrió las primeras necesidades del célebre caudillo oriental, y a fin de que pudiese atender a su subsistencia, le señaló una renta de treinta y cinco pesos mensuales, *sueldo que gozaba Artigas cuando en clase de teniente militaba en las filas del Gobierno español,* según decía el déspota en el lacónico documento que le dirigió al residenciarlo en Caraguatay.

Está situada esta población en terreno despejado, apto para la agricultura, exento de yerbales y bañado por un subafluente del río Manduvirá, pero sin que se formen esos *esteros* tan peculiares del territorio paraguayo; una cordillerita que se extiende al sudoeste, la defiende algún tanto de los vientos que soplan de ese lado.

En este lugar tranquilo y retirado pasaba el tiempo el precursor de la nacionalidad oriental, entregado a sus recuerdos de glorias y vicisitudes, hasta que el tedio se apoderó de su ánimo, y deseoso de combatirlo y al mismo

tiempo de ser útil a las pobres gentes que merodeaban por aquellos sitios, se decidió a dedicarse al cultivo del terreno de que disponía.

« Artigas, — dice don Isidoro De-María, — emprendió sus labores a edad avanzada, con singular vigor y actividad; allanó con sus manos un terreno montuoso; formó cuatro habitaciones; cultivó la tierra, y reunió hasta noventa y tantos animales, que vió más tarde desaparecer a consecuencia de peste sobrevenida a la hacienda, quedando reducido a seis u ocho en número.»

En cuanto al miserable sueldo que le había asignado el doctor Francia, lo repartía entre los vecinos más pobres, no limitándose a este solo acto de humanidad y desprendimiento, sino que siempre era el primero en socorrer al necesitado, consolar al afligido y distribuir el bien a manos llenas entre los menesterosos, hasta que el tirano del Paraguay, celoso de estos procederes tan impregnados de abnegación, que formaban un visible contraste con la ruindad de sus sentimientos, le suspendió la pensión, ale-

gando que, pues la empleaba en sostener a labradores haraganes, no tendría mucha necesidad de ella.

Y así fué cómo se privó al general Artigas del único bien que en tan precaria situación podía hacer: el dulce bien de la caridad.

Hospital improvisado

(1843)

Cuando el general don Manuel Oribe, al frente de un ejército de diez mil hombres, principió el 16 de febrero de 1843 el sitio de Montevideo, el Gobierno que a la sazón regía los destinos del país se encontró completamente desprovisto de medios con qué hacer frente al enemigo y salir triunfante de una situación tan apurada como imprevista.

No había ejército, porque sucumbió una parte y la otra cayó prisionera del enemigo en la célebre batalla de Arroyo Grande; se carecía de materiales de guerra, no habiendo tampoco re-

cursos con qué adquirirlos, pues las rentas eran casi nulas; el crédito estaba perdido y los habitantes de la República se hallaban del todo desmoralizados ante el sangriento espectáculo de otra guerra fratricida.

Todos aquellos ciudadanos que comprendieron la solemnidad del momento, se apresuraron a rodear al Gobierno y facilitarle los medios de que disponían a fin de contribuir a la defensa de la ciudad amenazada, mientras que los más timoratos o los que deseaban mantenerse neutrales se apresuraban a abandonar sus hogares antes que correr los peligros que entrañaba semejante situación, a la vez que otros iban a aumentar las filas del ejército sitiador.

Entre los primeros figuran el gran ciudadano don Joaquín Suárez, que malbarató su hacienda para facilitar al Estado gruesas sumas de dinero, que nunca más le fueron devueltas, a fin de sacarlo reiteradas veces de penurias y compromisos; el general Rivera, que, apenas amenazada la República, puso a disposición del Gobierno todas sus propiedades, para que, ven-

diéndolas o hipotecándolas, aplicara su producto al sostenimiento de la guerra; el opulento don Domingo González, que ofrece su colosal fortuna con el mismo objeto; el general don Rufino Bauzá, que entrega las escrituras de sus casas y chacras con igual propósito; Lavalle, que se desprende de créditos contra el Estado por más de cien mil pesos, y otros muchos que contribuyeron con su abnegación y generosidad a hacer posible la resistencia.

El memorable asedio de Montevideo no sólo puso a prueba el heroísmo y valor de sus habitantes, sino su nobleza y desprendimiento; lo mismo se veían hombres inválidos que concurrían a la línea en salvaguardia de sus derechos, que patriotas que se desprendían sin pesar de su fortuna y de la de sus familias, y hasta hubo madres entusiastas que enviaron al mal organizado ejército el contingente de sus hijos queridos, por exigirlo así la gravedad de las circunstancias y la salvación de la patria.

« Y mientras que Montevideo, — dice un autor de la época, — sentía día a día casi a sus

puertas tronar los cañones enemigos, la ciudad ofrecía a los ojos de las naciones el espectáculo admirable de la unión en el peligro y de la unidad en la constancia. Los hombres de corazón rodeaban al Gobierno y lo sostenían de todas maneras y a medida de sus fuerzas, con un patriotismo de que tal vez la historia no recuerda ejemplo. »

A exaltar este noble patriotismo contribuyó extraordinariamente el coronel don Melchor Pacheco y Obes con su convincente palabra, su avasalladora influencia en la política, sus entusiastas y fogosas proclamas al ejército, su larga experiencia militar, su indomable energía y su actitud siempre resuelta, clara y definida.

Hombre de acción, fué él quien lanzó el grito de guerra contra los invasores, después del irreparable desastre del Arroyo Grande, desde los feraces campos del histórico departamento de Soriano; hombre de gobierno, fué inmediatamente llamado al Ministerio de la Guerra, cuya cartera desempeñó hasta 1844; y hombre de consejo, sus opiniones fueron las que impe-

raron en el seno del gabinete de que formó parte, contagiando a los demás su ardiente patriotismo.

Como nada influía para detener su férrea voluntad, dictaba los más severos decretos, que él mismo hacía cumplir; dispuso el enrolamiento de todos los ciudadanos útiles; reorganizó la guardia nacional, disciplinó severamente las tropas, concluyendo por transformar a Montevideo en una plaza de guerra, a pesar de que desde 1833 sus murallas habían sido derribadas.

Todo esto, sin embargo, no era suficiente, pues había necesidad de recursos, y él los obtuvo, sin reparar en los medios, pues para salvar la patria todos eran lícitos: había que armar aquel puñado de héroes, y contra los numerosos peligros que se oponían a ello, el ejército tuvo abundantes pertrechos de guerra; sin que faltasen ambulancias a los heridos, ni medicamentos a los enfermos, ni pan a los pobres.

Pacheco había gritado: ¡La patria está en peligro! ¡La sangre y el oro de los ciudadanos pertenecen a la patria! ¡Quien niegue a la patria

su oro o su sangre, será castigado con la pena de muerte! Y nadie antepuso sus intereses personales a las necesidades de la ciudad sitiada.

Advirtiendo el mismo Pacheco que hacía falta un hospital para las tropas, cedió con tal objeto su propia casa; y cuando su familia le observaba que su pobre madre se encontraba enferma y que sólo en su propio domicilio podían cuidar de ella como su delicado estado de salud lo exigía, contestaba con su proverbial estoicismo:

—¡Oh! ¡ya se abrirá alguna puerta en Montevideo para hospedar a la madre del Ministro de la Guerra!

En efecto: no faltó un hogar a la anciana madre y a las hermanas de este enérgico funcionario; pero el valeroso y sufrido ejército contó desde ese día con un hospital para sus heridos, y el carácter inquebrantable del coronel Pacheco y Obes evidenció así a sus demás compatriotas que, lo que de ellos exigía, él era el primero en proporcionarlo.

Patriotismo de la mujer oriental

(1844)

No es sin justificados motivos que la mujer oriental ha sido considerada en todas las épocas de la historia del Uruguay como una de las más filantrópicas y caritativas de la América del Sur, pues siempre la hemos visto apresurarse a ser la primera en socorrer al que sufre, o a extender su mano misericordiosa doquiera que haya guerras, flagelos, catástrofes o calamidades públicas: abnegada y generosa, ha contribuído a aliviar innumerables males ajenos, y sin interrupción derrama bálsamo consolador sobre el afligido y prodiga sus recursos al necesitado.

La primera sociedad filantrópica de damas rientales, fundada en 1843 por doña Bernarina Fragoso de Rivera; los bazares de caridad ebidos continuamente a la iniciativa de la muer uruguaya; los certámenes de todo género or ella promovidos y cuyo producto siempre a destinado a objetos piadosos, y todos sus ctos de beneficencia practicados sin jactancia, ero con el sigilo y humildad que requiere este énero de acciones, la hacen digna de la respeuosa consideración de todo el mundo.

A estas hermosas cualidades reunen las danas orientales un acendrado patriotismo que ace vibrar con firmeza y entusiasmo las deliadas fibras de su corazón siempre que la Nación peligra: sentimiento ilustre y preclaro del ue ha hecho un culto, inspirándolo en sus hijos esde temprana edad.

No siendo, pues, patrimonio exclusivo del hombre el amor a la patria, es natural encontrar en a historia de las grandes vicisitudes nacionales áginas tan honrosas como brillantes, escritas por l heroísmo y la abnegación de la mujer uruguaya

No estamos a gran distancia de la época de Artigas, al que con varonil entereza siguieron multitud de mujeres de diferente condición social, exponiéndose a toda clase de penalidades, enalteciendo sus virtudes cívicas y honrando su memoria por amor al suelo nativo.

«En la guerra del año 25 hubo otras patriotas que se distinguieron por su abnegación y espíritu varonil, prestando servicios a la patria, sin excluir la curación de los heridos que regaron con su sangre los campos de combate en Haedo y Sarandí.»

Y finalmente, durante el luctuoso período de la Guerra Grande, en que cada familia tenía su parte de dolor, los rasgos sublimes menudean, ofreciendo la mujer oriental repetidos ejemplos de civismo, firmeza y desprendimiento.

Únicamente uno queremos mencionar en este momento, como comprobación histórica de lo que afirmamos; pero él solo nos dará la medida del temple de su alma: nos referimos a doña Cipriana Herrera, esposa de don Francisco Joaquín Muñoz, uno de los más ilustrados cons-

tituyentes, y madre de don Francisco Muñoz, teniente coronel muerto por la patria, de Andrés y Carlos Muñoz, defensores de Montevideo, y del respetable jurisconsulto don José María Muñoz, que sobrevivió a los anteriores hasta el año 1900.

Matrona distinguidísima por su posición social, su esmerada educación y sus virtudes, infundía el mayor respeto, acrecentado por su aire majestuoso sin soberbia; su palidez le daba el aspecto melancólico de quien sabe ahogar en el pecho sus angustias, aunque le desgarren su corazón; y su talento poco común inducía a los hombres más inteligentes de la época a acometer las más arduas empresas y a abrigar los más grandes propósitos. Doña Cipriana Herrera de Muñoz era, pues, digna del exquisito incienso que envolvía en perfumadas y transparentes nubes a las reinas de la antigüedad.

Pues bien: esta ilustre dama, que no se desdeñaba de cuidar enfermos en los hospitales; que dirigía palabras entusiastas a los soldados

para infundirles su valor; que invirtió una gran parte de su fortuna en obras de caridad; que endulzaba con torrentes de cariño los hogares en desgracia, se estremeció visiblemente cierto día en que el estampido de la artillería sitiadora se hacía oír más potente que otras veces; y habiendo tratado algunas personas que se hallaban en su presencia de disipar sus fúnebres temores, levantó con altivez la cabeza, contestándoles:

—¡No tiemblo por la vida de mis hijos, sino por la suerte de la patria!

Por eso dijo un ilustre escritor francés de aquella época, que, cuando una nación alberga en su seno tales mujeres, los hombres que combaten bajo su égida resultan héroes.

Las cuentas de don Joaquín Suárez

(1846-1850)

Cuando los Treinta y Tres patriotas invadieron el territorio oriental con objeto de librarse y librar a sus paisanos del dominio brasilero, disponían de escasísimos recursos, puesto que los obtenidos en Buenos Aires para efectuar la invasión eran tan insignificantes con relación a la magnitud de la empresa, que se agotaron al momento.

Hubo, pues, que apelar al préstamo a fin de atender a las necesidades de la guerra; pero ¿a quién recurrir en aquellos aciagos momentos en que los principales patriotas habían sido

desterrados o se encontraban en la emigración, dejando el país arruinado y sobrecogidos de espanto a sus moradores ante los edictos despóticos del jefe de las fuerzas de ocupación?

Sabedor don Joaquín Suárez de la angustiosa situación en que se hallaba el general Lavalleja, no vaciló en facilitarle treinta mil pesos de su fortuna privada, sin interés alguno, prescindiendo de dos mil que ya había anteriormente regalado con igual propósito.

Este rasgo de generosidad fué seguido de otros muchos en épocas posteriores, y muy en particular durante el sitio de Montevideo, principiado el 16 de febrero de 1843 por tropas rosistas en número de más de diez mil soldados, y terminado el 8 de octubre de 1851 sobre la base de una honrosa paz, que adoptó como fórmula: *ni orientales vencidos, ni orientales vencedores.*

En efecto, mientras duró esa guerra, don Joaquín Suárez fué siempre el primero en figurar en las listas de suscripciones de carácter patriótico o filantrópico; o convirtiendo su casa

en albergue de familias que huían de la campaña para asilarse en Montevideo; o poniendo su caja particular al servicio de los pobres, de los necesitados, de los hospitales, de los heridos, de los huérfanos y de los leales servidores de la patria.

Tampoco a ésta negó su poderoso concurso pecuniario en los días más aciagos, en los compromisos más ineludibles, ni en los momentos de mayor penuria; y tan exacto es esto, que a fuerza de dádivas y préstamos su tesoro quedó agotado, desiertas primero y malbaratadas después sus numerosas y bien pobladas estancias, vendidas a vil precio las cincuenta leguas de tierras de pastoreo que poseía en Cerro Largo, hipotecados sus campos de Río Grande y perdidas sus propiedades urbanas, a fin de suplir al Estado las ingentes sumas de dinero que con voracidad abrumadora absorbían las necesidades del sitio.

«Muchas veces, — dice el historiador don Isidoro De-María, — faltaron las provisiones de boca para el ejército y para la multitud de fa-

milias que subsistían con las raciones que diariamente se les distribuían, excediendo éstas de veinte mil diarias. No había cómo proporcionarlas para el día siguiente. El tesoro público estaba exhausto. El crédito había desaparecido. En estos conflictos, más de una vez la generosidad patriótica de don Joaquín Suárez fué el ancla de salvación. Se desprendía de sus títulos de propiedad, los hipotecaba, los ofrecía en garantía para obtener recursos, o malbarataba sus casas por la tercera parte del valor; sacrificaba sus intereses particulares y el patrimonio de sus hijos para atender a las necesidades de la nación, para dar pan a los defensores de la plaza, para auxiliar el ejército en campaña, para gratificación a servidores, o para obras de beneficencia, a que su bellísimo corazón era inclinado.»

De estas donaciones jamás llevó nota el gran ciudadano; pero deseando el Gobierno de la Defensa conocer a cuánto subía la deuda que pesaba sobre el país, procedente de préstamos de dinero, suministros y perjuicios de guerra, acordó

documentar a los acreedores del Estado a fin de evitar dificultades cuando llegase el día de dar a cada uno lo que legítimamente le pertenecía.

Tratábase de este delicado asunto en el seno del gabinete, hallándose presente el señor Suárez, a quien el Ministro de Hacienda dirigió la palabra en esta forma:

— Señor presidente, usted ha dado mucho sin tomar recibo: es preciso que mande hacer la cuenta y se le documente, como es justo.

A lo cual contestó don Joaquín Suárez con naturalidad y sonriéndose:

— *Yo no llevo cuentas a mi madre.*

Y fué ineficaz la insistencia de los hombres que acompañaban al venerable anciano en el gobierno de Montevideo para que dijese cuánto le adeudaba la patria, pues tomando a ésta cual madre cariñosa, conceptuó que exigirle cuentas a ella no era digno de quien se precia de buen hijo.

Consecuente con este propósito, rechazó también en 1850 una recompensa de cincuenta

mil pesos que le asignó la Asamblea, haciendo la siguiente declaración:

« Los inmensos quebrantos sufridos por tanto servidor de la patria no pueden serme indiferentes a punto de que no desee participar con igualdad del infortunio de todos. Si mi posición elevada ha menoscabado mi fortuna, ella ha aumentado también mi gloria y el interés al alto aprecio de mis compatriotas. Si me hacen la justicia de creer que la he desempeñado con abnegación y pureza, será mi mejor y única recompensa. »

Palabras de un valiente

(1846)

Mientras don Manuel Oribe sitiaba la ciudad de Montevideo, Rivera andaba por la campaña oriental reuniendo el paisanaje y molestando de todos modos a los sitiadores.

Comprendió Rosas que era necesario combatir a Rivera, pero no queriendo que Oribe distrajera las tropas de su mando, dispuso que el general Urquiza, gobernador de Entre Ríos, invadiese el territorio oriental para atacar al conquistador de las Misiones.

El día 27 de marzo de 1845 estos dos caudillos, cada uno al frente de cuatro mil hom-

bres, se avistaron en los pantanos de India Muerta y batiéronse encarnizadamente; pero como la suerte de las armas fué favorable a las tropas de Urquiza, a pesar de la astucia, habilidad y valor del general Rivera, éste tuvo que vadear el río Yaguarón por el paso de las Piedras, e internarse en el Brasil.

El desastre de India Muerta produjo honda sensación en el ánimo de todos, y como la influencia de Rivera quedó momentáneamente quebrada, no fué difícil a los hombres de la Defensa conseguir del Gobierno del Brasil el traslado de aquel infatigable luchador a la ciudad de Río Janeiro.

Pocos meses después fué despojado del mando de la dirección de la guerra en campaña, disponiéndose además que la persona del general Rivera no regresase al territorio de la República sin permiso expreso del Gobierno.

Ante la posibilidad de que la figura política y militar de ese hombre quedase anulada, sus partidarios trabajaron incesantemente, hasta el punto de conseguir de los Poderes públicos

que se le nombrase Ministro plenipotenciario en el Paraguay, aunque con la expresa condición de que debería efectuar su tránsito por el territorio brasilero.

No obstante este acuerdo, durante la segunda quincena del mes de marzo de 1846, el general don Fructuoso Rivera apareció en el puerto de Montevideo, trasladándose de la embarcación que lo conducía a la corbeta española *Perla,* desde cuyo refugio solicitó de don Joaquín Suárez el correspondiente permiso para permanecer algunos días en su patria, a fin de poder arreglar sus asuntos antes de ausentarse a cumplir la misión que se le había confiado cerca del gobierno del Paraguay.

Aunque los partidarios de Rivera empezaron a agitarse a fin de que se le permitiese el desembarco, el Gobierno negó la autorización para ello, y éste fué el origen de la grave y profunda escisión que se produjo, no sólo en las esferas políticas y sociales, sino también entre las legiones extranjeras que ayudaban a la defensa de Montevideo, y aun entre las tropas de la guarnición.

«El Gobierno, — dice el señor De-María, — se mantenía firme en su resolución; los partidarios de Rivera se agitaban para lograr su objeto; y el mismo general, desde su asilo en la *Perla,* escribía a varios jefes de importancia para propiciarse su opinión.

«A su turno, el general Pacheco y Obes, jefe de armas y decidido opositor a las pretenciones de Rivera, desplegaba toda su actividad y energía para impedir que pudiese cederse de la resolución adoptada, empleando toda la influencia de su posición, apoyado por el círculo que se había formado en el ejército y fuera de él, para que por ningún principio se cejase en la actitud asumida por el Gobierno en aquella emergencia.

«En esta lucha de intereses y aspiraciones encontradas, en que las pasiones rencorosas tomaban cada día más cuerpo, y en que, noche a noche, el aparato de la fuerza convertía el centro de la ciudad en un campamento para imponer a los partidarios de Rivera y prevenir cualquier movimiento subversivo, se recurrió

a medidas extremas, reduciendo a prisión en altas horas de la noche a varios jefes, oficiales y ciudadanos adictos a Rivera; se impuso silencio a la prensa y se cometieron otras tropelías, que derramando la alarma en la población y exaltando más los ánimos, prepararon los lamentables sucesos que se produjeron en los días inmediatos.»

Malestar tan grande y división tan honda tenían que producir sus naturales consecuencias, como así fué, estallando la revolución en el Cabildo durante las primeras horas de la noche del 1.° de abril de 1846, a los gritos de *¡viva el general Rivera!* lanzados por el batallón de línea que en aquel local se hallaba alojado.

Pacheco se acantona con una fuerza de artillería en la plaza de Cagancha, dispuesto a contrarrestar la sublevación, que toma mayor incremento; la alarma cunde; las legiones hacen causa común con los riveristas; sucumben en la lucha algunos militares distinguidos que se conservaban fieles al Gobierno, y el conflicto toma proporciones tan alarmantes, que los Re-

presentantes extranjeros intervienen a fin de evitar mayor efusión de sangre y restablecer el orden; pero la aurora del nuevo día patentiza, a la población aterrada, el triunfo de los sublevados.

Sólo el coronel don Jacinto Estivao no se había plegado al movimiento, y parapetado en los depósitos de la Aduana, se dispuso a vender cara su vida en holocausto a su consecuencia y lealtad para con el general Melchor Pacheco y Obes.

Cércanlo 800 rebeldes, a los que sólo puede oponer los cien hombres que mandaba; pero tales muestras dió de arrojo y valor, que más de una vez los asaltantes se detuvieron admirados de aquella resistencia tan tenaz, tan inaudita y tan desesperada.

No era Estivao hombre que se rindiese fácilmente, de modo que fueron cayendo, uno en pos de otro, aquellos verdaderos héroes que pagaban con sus preciosas vidas su fidelidad, digna de mejor causa.

En la desigual y tremenda lucha que sostuvo,

para él la última, — dice un escritor de la época,—los almirantes francés e inglés, admirados de su heroísmo incomparable y de sus proezas sin ejemplo, deseando salvarlo, insistían en que abandonase su puesto y se agregara a un destacamento de 300 marineros de las dos naciones, que había a corta distancia; pero Estivao replicaba:

—El general me encontrará vivo o muerto en el puesto en que me ha dejado.

De aquel centenar de valientes ya no le quedaban sino ocho hombres, cuando acercándose uno de ellos, le dijo:

—¡Coronel, ya no podemos resistir más!

Entonces Estivao, enérgico, lleno de grandeza, sublime en su actitud, esgrimiendo la pistola con la mano izquierda, porque el brazo derecho le colgaba completamente inutilizado, con la culata le rompió la cabeza, gritándole colérico:

—*¡Cuando no se puede resistir más, se muere!*

Pocos momentos después, derramando ríos

de sangre por sus anchas e innumerables heridas, el coronel don Jacinto Estivao sucumbía en brazos de su ayudante de campo, único sobreviviente de aquella horrorosa hecatombe.

Las balas de cañón

(184...)

Nadie ignora que el general Melchor Pacheco y Obes fué el alma de la defensa de Montevideo, el que supo inspirar confianza al pueblo, el que despertó en las tropas su natural entusiasmo y el que imprimía a todos los actos del gobierno de que formó parte, la energía que se necesitaba en aquellos supremos instantes.

Apenas iniciado el sitio, el Presidente Suárez confió el Ministerio de la Guerra a Pacheco, el cual dió principio a una serie de medidas tendientes a llevar al ánimo de los sicarios de Ro-

sas el convencimiento de que jamás llegarían a tomar la plaza.

En la esfera militar organizó regimientos compuestos de ciudadanos, disciplinándolos en poco tiempo y de un modo tan perfecto, que parecían soldados veteranos.

Fundó hospitales, ambulancias, escuelas para los hijos de los soldados que morían o quedaban inutilizados para el servicio de las armas, fábricas de pertrechos de guerra, parques, fortificaciones, trincheras y líneas de defensa.

Supo captarse las simpatías de las legiones mandadas por Garibaldi y Thiebaut, fuertes columnas de la Defensa, de quienes dispuso casi incondicionalmente hasta los desgraciados y luctuosos sucesos del 1.° de abril de 1846.

Tuvo habilidad para inspirar confianza a los habitantes de Montevideo, que desde la invasión rosista habían caído en el más profundo y desconsolador abatimiento.

Hizo más llevadera la vida y subsistencia de los sitiados previniendo sus necesidades, evitando el monopolio y tratando de que nada les faltase.

En procura de recursos de todo género, apeló a medios que, si por desgracia a menudo no eran muy lícitos, siempre fueron eficaces en sus resultados.

Ninguna consideración apartó a nadie del cumplimiento de su deber, y la circunstancia de que no había excepciones, hacía menos penosa la dureza de las disposiciones que se dictaban.

Como nada influía para detener la férrea voluntad de este hombre activo y enérgico, cuyos decretos él mismo dictaba y hacía cumplir, nadie dudó del éxito definitivo, al cual contribuían en cierto modo sus célebres proclamas.

«Patriotas! — decía en una de éstas, al hacer entrega del pabellón nacional a un cuerpo de ejército de reciente formación, — cuando esta bandera flota en los aires, dice al mundo que el pueblo oriental es independiente: si en vuestras filas llega a flamear en medio del combate, que los fogonazos de vuestros fusiles digan al mundo que el pueblo oriental es victorioso.»

Y por este estilo eran todas las demás: revestían las proclamas de Pacheco ciertos tintes de grandeza que predisponían al patriotismo, a la abnegación y al sacrificio.

Fortificada la ciudad de Montevideo por una doble línea de defensa, la interior primero, y la exterior que fué levantada después, el vecindario comprendido entre ellas dispuso desde entonces de mayor amplitud y aseguró su estabilidad.

Esta segunda línea dió expansión a los habitantes de Montevideo, quienes los domingos y días festivos abandonaban el atrincherado recinto y se trasladaban a ella ávidos de aire puro y espacio libre.

Los paseantes solían ser molestados por las balas de cañón que por elevación arrojaban los sitiadores; pero como por fortuna raras desgracias personales causaban, el vecindario no cesó de concurrir a la amplia y prolongada faja comprendida entre la línea interior y exterior.

Fué grande la cantidad de proyectiles lan-

zados, pues sin contar los que se extraviaban, se pudieron recoger en pocos meses más de quinientos, que, no muy surtidos de armas ni de pertrechos, aprovecharon los sitiados para combatir a sus tenaces enemigos.

Como quiera que el Parque Nacional adquiría por compra estas balas, bien para fundirlas con objeto de amoldarlas al calibre de sus cañones, o ya para servirse de ellas si eran adecuadas, las gentes desocupadas y menesterosas se dedicaron a buscarlas y venderlas a aquella repartición oficial, prestando de este modo un servicio al país y ganándose, de paso, un puñado de vintenes.

Entre los muchachotes que con ese propósito pululaban en pandillas por la zona interlineada, existía uno fuerte y duro como roble, alto y derecho como palmera, y ágil y avispado como ardilla.

Apenas se hacía oír el estampido del cañón, nuestro personaje atisbaba la venida de la bala, y dirigiéndose veloz como el viento hacia el punto en que había caído, la contemplaba or-

gulloso del hallazgo, y después de esperar a que se enfriase, apoderábase de ella y, encaminándose al Parque, entregaba allí aquel trofeo con la misma satisfacción que si hubiese hecho un prisionero de guerra.

Burlándose del temor que a veces sobrecogía a sus compañeros, jamás perdió la serenidad cuando el cañón tronaba, ni fué presa del pánico cuando alguna de aquellas enormes moles esféricas de hierro levantaba nubes de tierra cerca del paraje donde él se encontraba en acecho.

Vigilante y diligente como ninguno de los espectadores de aquellas escenas, menospreciaba el peligro que corría, y una vez en posesión de la bala, ya llevándola entre sus brazos, bien haciéndola rodar por el suelo, si su peso era superior a sus fuerzas, la hacía llegar hasta el Parque, no para venderla, como hacían los demás, sino para regalarla al oficial que estuviese de guardia.

Porque este buscador de proyectiles jamás vendió los que pudo reunir; él no hacía nego-

cio: procedía de aquel modo cumpliendo los dictados de su conciencia y siguiendo la voz del patriotismo.

¡Pobre de él si su padre, un viejo sargento que había quedado inútil en una de las salidas que hicieron las tropas de la guarnición, hubiese llegado a saber que su hijo vendía las balas que encontraba! ¡Qué severo castigo le habría impuesto! Por otra parte, el muchacho procedía por inspiración propia.

Cierto día llevó al Parque, a empujones y puntapiés, un enorme proyectil, uno de aquellos voluminosos globos macizos y pesados con que los sitiadores hacían gala de la riqueza y potencia de sus armas, y, como de costumbre, ya se disponía a retirarse, cuando el oficial de servicio lo llamó, y echando mano al bolsillo, hizo ademán de gratificarlo.

El muchachote levantó con lentitud su cabeza gorda y desgreñada, dirigió a su interlocutor una mirada fuerte y sostenida, que dejó inconclusa la acción del oficial, y después le dijo:

— *Yo no expongo mi vida por plata, sino para ayudar a los que nos defienden.*

Y dejando al generoso oficial perplejo y pensativo ante aquella respuesta reveladora de los sentimientos del granuja, éste se metió las manos en los bolsillos de su andrajoso pantalón y retiróse tranquilamente silbando un cantar de aquellos tiempos.

Lástima que ni la tradición ni la historia hayan hecho llegar hasta nosotros el nombre de este pequeño patriota, y que no tengamos un De-Amicis que describa como se merece este singular episodio.

La entrega de Martín García

(1852)

Terminado el 8 de octubre de 1851 el sitio de la ciudad de Montevideo, llamada con toda justicia el baluarte de las libertades del Río de la Plata, los argentinos, que no querían ni podían soportar por más tiempo la sangrienta tiranía de don Juan Manuel de Rosas, trataron de derrocarla; pero deseando no ver burladas sus legítimas aspiraciones, solicitaron y obtuvieron el concurso del Gobierno Oriental, quien dispuso que una división compuesta de tropas de las tres armas, al mando del general don César Díaz, prestase su poderoso contingente

al ejército que allí se estaba organizando para combatir al sombrío déspota.

Las huestes de Rosas, y el ejército aliado, compuesto de treinta mil hombres entre argentinos, brasileros y orientales, mandados por Urquiza, llegaron pronto a encontrarse, produciéndose el día 3 de febrero de 1852 un formidable choque, del que resultó la completa derrota de los secuaces del tirano y el más glorioso triunfo de los bravos defensores de la libertad. Este honroso hecho de armas es conocido en la historia con la denominación de *batalla de Monte Caseros.*

Parece natural que el auxilio prestado por los orientales para sustraer a la Confederación Argentina de las garras del hombre funesto que por espacio de tantos años la había tenido vergonzosamente subyugada, mereciese alguna prueba de gratitud y reconocimiento, con tanto mayor motivo cuanto que, como dice un notable publicista, « la República Oriental tenía un derecho perfecto para hacerla responsable de los gastos y perjuicios de la inicua guerra que

su tirano y sus huestes llevaron sobre nuestro territorio. »

Sin embargo no sucedió así, pues los argentinos, hermanos de los orientales en glorias y sacrificios, pagaron la caballeresca generosidad de éstos exigiendo la entrega de la isla de Martín García, descubierta por Juan Díaz de Solís, y de la cual estaban en posesión los segundos desde 1845, como antes lo habían estado hasta 1825, en que se apoderaron de ella los portugueses.

El gobierno del Uruguay creyó que los momentos aquellos no eran los más adecuados para discutir sus derechos a la posesión de la isla, resolviendo, por consiguiente, entregarla sin resistencia, a cuyo efecto impartió las órdenes necesarias, a fin de que tan pronto como las fuerzas argentinas se presentasen en Martín García, la guarnición oriental no opusiese inconvenientes y procediera a su entrega y natural desalojo. Tuvieron, sin embargo, las autoridades uruguayas el buen acuerdo de contestar al gobierno de la Confederación, que efectuaban la

entrega salvando todos y cualesquiera derechos que la República Oriental pudiera hacer valer sobre ella, con lo cual daban a entender que por lo menos era discutible la propiedad del pedazo de territorio reclamado.

Cuando el jefe argentino Seguí se presentó en aquel árido peñasco, acompañado de un fuerte destacamento de tropas, el comandante de la isla, que lo era don Timoteo Domínguez, oriental de reconocido patriotismo, acató militarmente las órdenes que por su parte había recibido y procedió a la entrega de la isla de Martín García con todas las formalidades usadas en casos de esta naturaleza.

Terminadas dichas formalidades, y dispuestas por los mismos argentinos las embarcaciones en que Domínguez y sus noventa soldados debían ser conducidos al suelo nativo, sólo faltaba bajar el pabellón nacional del alto palo en que flameaba, levemente sacudido por una brisa tibia y ligera, para ser reemplazado por la enseña argentina, símbolo en aquellos momentos del sórdido egoísmo de nuestros vecinos.

Entonces exaltóse la fibra patriótica de Domínguez, su orgullo de ciudadano se consideró profundamente herido, y en un soberbio arranque de dignidad se apoderó de un hacha y, esgrimiéndola con toda la energía de su alma dolorida y la fuerza de sus nervudos brazos, sin bajar la bandera patria que continuaba flameando, tronchó el asta casi al nivel del suelo, mientras pronunciaba esta frase, que la tradición ha conservado para su honra y gloria:

—*¡La bandera oriental no se entrega ni se arría!*

Y cargando él y sus compañeros con el grueso, largo y pesado leño, que conservaba su bandera al tope, se retiraron a la Colonia, en el edificio de cuya Jefatura hizo colocar, aquel enorme palo que, provisto de una ancha cofa, recordó durante muchos años el probable despojo de que fué víctima la República, la ingratitud del gobierno de la Confederación y el honroso comportamiento de don Timoteo Domínguez.

Así fué cómo pasó nuevamente al dominio

argentino la histórica isla de Martín García, esa masa granítica casi circular, cuya posición topográfica y constitución geológica evidencian del modo más indiscutible que forma parte integrante del territorio oriental.

El episodio relatado, acaecido el 17 de marzo de 1852, debe despertar admiración para el pundonoroso militar, quien, con su patriótica acción, simbolizó admirablemente uno de los abnegados sentimientos del pueblo oriental.

La orden para que la isla de Martín García fuese entregada a los argentinos, la expidió el austero ciudadano don Bernardo P. Berro, siendo Vicepresidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo.

El culto de la verdad

(1862)

El prócer de la Defensa, como con toda propiedad se le llama a don Joaquín Suárez, fué un carácter, o, mejor aún, un gran carácter, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se observen sus procederes o se estudien sus acciones.

Impulsado por la noción de la libertad, secundó al general Artigas en su ardua empresa de emancipar el país; dispuesto al sacrificio de su vida, militó con Rondeau cuando éste sitiaba la ciudad de Montevideo desde la cumbre del Cerrito; pero herido en su dignidad de ciuda-

dano, renunció a toda participación en los asuntos públicos durante el dominio de los portugueses y se retiró a su domicilio, como si con su abstención y su silencio quisiera protestar contra el ultraje inferido al suelo de la patria.

Su alejamiento duró hasta que se produjo la temeraria empresa de los Treinta y Tres, a cuyo éxito cooperó con dinero e influencia, ayudando, además, a Lavalleja, — lo que no fué un obstáculo para que éste, olvidándose del poderoso concurso que Suárez le prestara, se indispusiese con él, obligándolo a apartarse de su trato y comunidad, hasta que la voluntad popular, espontáneamente manifestada por medio del sufragio, lo condujo, en 1830, con gran contentamiento de los elementos más sanos, más cultos y más distinguidos de la sociedad de entonces, a ocupar una banca en la Legislatura Constitucional.

Desde entonces desempeñó funciones públicas, bien formando parte del Gabinete como Ministro de Estado, ya como Representante, Senador o Vicepresidente de la República, en

cuyo último puesto lo encontró la invasión de las hordas rosistas el año 1842.

El largo período de la heroica defensa de Montevideo lo tuvo a su frente, y no pocas veces, valiéndose de su energía, de su prudencia o de su influjo, según los casos, evitó conflictos, salvó dificultades y ahorró al país lágrimas y sangre, tan preciosa en aquellos momentos en que los leales defensores de la plaza caían diezmados por el plomo homicida de los sicarios del tirano argentino.

Terminada la epopeya tan gloriosa como sangrienta que aumentó con brillantes páginas la historia nacional, Suárez volvió a su retraimiento bendecido por sus correligionarios, respetado por sus contrincantes y ensalzado por todos los ciudadanos, que reconocían en él tanto patriotismo como abnegación, tanta firmeza como consecuencia y tanta generosidad como modestia.

Al retirarse a su hogar paterno, que más que casa solariega era montón de ruinas, en busca del reposo que necesitaba su espíritu trabajado

y su cuerpo rendido, el velo del olvido no envolvió su preclaro nombre, pues el pueblo, como colectividad política, lo eligió Senador, — distinción que declinó en atención a sus achaques; — los gobiernos le asignaron dádivas y honores, aceptando éstos y rechazando aquéllas; y los ciudadanos, individualmente, lo visitaban con respeto, lo saludaban con afecto y pronunciaban su nombre como se pronuncia el del padre idolatrado o el del amigo predilecto.

No son de extrañar estas demostraciones de cariño, estas evidentes muestras de veneración, porque los episodios de que está llena la larga vida política de don Joaquín Suárez, los conocían todos los habitantes del país, quienes repetíanlos para admirar o enaltecer al héroe.

Además, su carácter bondadoso lo hacía simpático a nacionales y extranjeros, su ejemplo servía para fortalecer a los débiles y sus virtudes cívicas retemplaban el ánimo de sus conciudadanos.

Nadie ignoraba que aquel hombre singular había sacrificado su colosal fortuna en aras de

la libertad del suelo nativo, y que cuando la Asamblea de 1850 le acordaba cincuenta mil pesos como parte ínfima de las gruesas sumas facilitadas por él al Estado, se negó a recibirlos, pues siendo muchos los ciudadanos que habían sufrido quebrantos en sus fortunas, no era lícito, según manifestó en documento público que se conserva, que él sólo fuese el agraciado, pues si común fué el infortunio, común tenía que ser también la recompensa.

Su genio no deslumbraba por su acción fascinadora, pero sabía imponerse plácidamente, cual se imponen los caracteres grandes; no fué estadista de talento como tantos otros cuyos nombres son llevados en alas de la fama, pero, sincero y persuasivo, conseguía lo que deseaba merced a estas dos preciosas cualidades.

Ardía en su alma el fuego sagrado del patriotismo, y todo lo posponía al interés de la colectividad, al bienestar de sus conciudadanos y a la honra y gloria de la República.

Los rasgos enumerados y las cualidades expuestas son, en suma, no sólo la historia, sino

el carácter de don Joaquín Suárez, quien reunía además otras muchas condiciones no menos dignas de especial mención, como, por ejemplo, la de decir, usar y profesar la verdad, hacia la cual tenía un culto rayano en el fanatismo.

En efecto, entre otras virtudes, poseía la de no mentir, la de no emplear doblez, la de ser franco, noble e ingenuo, aunque esta lealtad y este culto a la verdad redundasen en su propio perjuicio. Siempre que una cosa se ajustara a la verdad, Suárez convencía y persuadía de un modo tan concluyente, que lo que él aseguraba se tenía como indiscutible. He aquí por qué su palabra no fué jamás puesta en duda ni en ninguna ocasión ni por nadie absolutamente, siendo prueba evidente de ello el siguiente episodio:

Cuando este hombre ejemplar, tres veces proclamado benemérito de la patria, residía en su casa conocida por el *Mirador de Suárez,* retirado de los asuntos públicos y entregado a sus recuerdos de gloria inmarcesible y fugitivas grandezas, pero sin haber perdido nunca el alto

aprecio de sus compatriotas, se presentó un militar que solicitó una conferencia con el estoico adalid de todas las buenas causas.

Introducido a su presencia, expuso el recién llegado que tenía tramitando en las Cámaras un asunto sobre reconocimiento de su jerarquía militar; pero que a consecuencia de faltar en el expediente algunos requisitos, aquella elevada corporación se encontraba en la imposibilidad de acceder a su solicitud: circunstancia que lo tenía sometido a la más cruel estrechez, de la cual era víctima inocente su numerosa familia; y que se permitía rogarle que atestiguara con su firma la justísima razón que le asistía, confirmando con su veraz palabra sus ingenuas declaraciones.

Inmediatamente el veterano oriental pasó a relatar las acciones de guerra en que se había encontrado, sus hazañas más salientes, los sucesos políticos en que había intervenido; y, finalmente, expuso el caso concreto que le faltaba justificar para obtener lo que pedía.

Don Joaquín Suárez lo escuchaba con reli-

gioso recogimiento, pues el viejo soldado evocaba recuerdos de hechos que él también había presenciado, y su relato era una especie de caleidoscopio que reconstituía fechas, hombres y sucesos de una manera tan prolijamente exacta, que no pudo menos de interrumpirle, diciéndole:

—Amigo, todo lo que usted dice es cierto, y, por consiguiente, no tengo ningún inconveniente en confirmarlo por escrito y en testificarlo con mi nombre, no dudando que usted obtenga lo que con sobrada justicia pretende, pues, *en cuanto las Cámaras vean mi firma, lo creerán sin dificultad, porque todos saben que yo nunca he mentido.*

Y así fué, en razón de que la veracidad de don Joaquín Suárez era tan proverbial, que, si alguna vez se equivocó durante su vida, a través de la tradición pasa como cierto lo que fué de su parte involuntario error.

La muerte de Palleja

(1866)

Las desinteligencias que habían surgido entre el Paraguay y el Brasil produjeron la guerra de 1864, sostenida por estos países; pero como los políticos brasileros tuvieron bastante habilidad para arrastrar a su favor a la Confederación Argentina y a la República Oriental, resultó la enormidad de que el Paraguay tuviese que combatir contra un ejército aliado de brasileros, argentinos y uruguayos.

La lucha fué muy desigual, pues los paraguayos disponían de 80,000 hombres bien armados y disciplinados, contaban con abundantes

pertrechos de guerra y habían artillado sus fortalezas con poderosos cañones modernos, mientras que el ejército aliado sólo se componía de guardias nacionales y soldados de línea reclutados a última hora, casi sin ninguna educación militar para hacer la guerra con probabilidades de éxito.

Sin embargo, abierta la campaña en julio de 1865, a la cual concurrió una división de cuatro mil orientales, se peleó con brío y entusiasmo de cada parte, tanto en tierra como por los ríos, haciendo los aliados prodigios de valor para vencer el fanatismo de los paraguayos, a quienes sus jefes habían hecho creer que, aunque muriesen combatiendo, resucitarían en la Asunción. Esto explica la exaltación con que defendían su causa los soldados del tirano López.

Entre los hechos de armas más notables de esta penosa campaña cuéntase la batalla del *Yatay,* en que una división oriental, compuesta de 2,000 hombres, al mando del general don Venancio Flores, derrotó al ejército enemigo,

fuerte de 4,000 soldados, dirigidos por el mayor Duarte, quien cayó prisionero, así como el resto de su ejército.

Otro formidable encuentro fué el de *Estero Bellaco,* acaecido el año siguiente, en que los orientales se batieron como leones, pues pasando de la defensiva a la ofensiva, obtuvieron la más completa y honrosa victoria, aunque a cambio de pérdidas tan enormes como sensibles.

Pero, la gran batalla del Paraguay, la más importante y reñida, fué la de *Tuyutí,* en la cual el número de los combatientes ascendió a 40,000 hombres, sucumbiendo dos mil aliados y decidiendo el triunfo a favor de éstos una soberbia carga a la bayoneta, llevada violentamente por la intrépida división oriental.

Por último, el 18 de julio de 1866 se libró la célebre batalla del *Boquerón,* en la cual sucumbieron cinco mil aliados y tres mil paraguayos, portándose todos con heroico valor. Mandaba la línea el general Flores, quien fué la admiración del ejército, pues lanzándose a

caballo por entre los combatientes, infundíales la confianza y decisión que se necesitan en momentos tan solemnes.

Cuando, durante este desigual combate, algunos batallones del ejército coligado, diezmados por la metralla y la fusilería, coronaban las trincheras enemigas y penetraban en el campo paraguayo, el batallón *Florida,* mandado por el valiente capitán don Enrique Pereda, recibió orden del jefe superior del asalto, coronel don León de Palleja, de contestar al nutrido fuego que hacía el enemigo, resguardado por la espesa cortina del enmarañado bosque que flanqueaba la derecha de la columna de los asaltantes.

El *Florida* — dice un testigo presencial — había ya roto el fuego a su frente, contestando al del enemigo, y en el instante en que el coronel Palleja se mantenía brioso a caballo, al pie de la trinchera, al levantar el brazo derecho blandiendo su espada, fué alcanzado por una bala que le hizo inclinarse al costado izquierdo, primeramente, y luego caer del caballo, ya sin

vida, casi en los brazos de los soldados más próximos, soldados pertenecientes al ejército oriental.

Al ver éstos sucumbir a aquel bravo, que tantas veces los había conducido a la victoria, el más profundo desaliento se apoderó de ellos, y olvidándose del enemigo que los acribillaba a balazos, rompieron la formación y se apresuraron a rodear el cadáver de su inolvidable coronel.

Fué entonces que el capitán Pereda, dándose cuenta de la gravedad de las circunstancias, y comprendiendo que otros deberes más altos que los del sentimiento y del cariño se imponían en tales momentos, se dirigió al centro del batallón, ordenó suspender el fuego y corregir la formación, quedando la tropa muda y firme cual si se hallase en una parada militar.

Los que habían levantado los despojos de Palleja desfilaron con ellos frente al batallón *Florida,* el cual presentó las armas a su valiente caudillo, teniendo varias veces que hacer

descansar el cadáver en el suelo a causa de que dos o tres soldados de los que lo conducían en medio de un verdadero diluvio de balas, fueron derribados durante el trayecto por los certeros tiros del implacable enemigo.

Inmediatamente el capitán Pereda dictó sus órdenes para continuar el ataque; pero temiendo que la desmoralización cundiese, ordenó que la banda de música tocase el himno oriental, al compás de cuyos armoniosos acordes cada soldado fué un héroe; y entre descargas cerradas, imprecaciones, sangre y humo, el ángel de la victoria desplegó por milésima vez sus doradas alas sobre el valeroso ejército de la patria.

Los fúnebres honores tributados al coronel Palleja, mártir de aquella jornada, a la vez que cubrieron de gloria al capitán Pereda, contribuyeron a que el éxito del combate fuese aquel día favorable a los aliados.

Y así quedó también conciliado el ineludible sentimiento humano con los sagrados deberes que impone la honrosa profesión militar.

Rasgo característico

(1869)

Cuando se habla del doctor don Elbio Fernández, todos recordamos que fué el iniciador de la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular;* pero no son muchos, exceptuando a sus contemporáneos sobrevivientes, los que tienen una idea completa de su corta y laboriosa existencia, de su carácter severo al par que moral, de su notoria inteligencia y de su inmaculado patriotismo.

Fué primero periodista, formando parte, en unión del doctor don José Pedro Ramírez y de otros escritores de aquella época, de la redac-

ción de *El Siglo,* de cuyo reputado diario se hizo cargo, dirigiéndolo exclusivamente en los momentos más difíciles por que pasaba el país.

Después de haber recibido la investidura de abogado desempeñó un delicado puesto en la magistratura, con la dignidad propia de quien sabe sobreponerse a todas las miserias humanas, es decir, no transigiendo jamás con la venalidad, la corrupción o el crimen.

Había tal convicción en sus propósitos y tanta austeridad en sus escritos, que se dice de éstos que podrían constituir un texto de doctrina política y moral de grandes, severas y profundas enseñanzas para hacer de la juventud excelentes ciudadanos.

Capaz por naturaleza y por aplicación, trataba las más arduas cuestiones de la política y del derecho con la altura de miras y la independencia de carácter propias del ciudadano honesto y no del mercader sin escrúpulos.

Alma rígida, republicano sediento de amistad, de amor y de justicia, sus obras dejan entrever su carácter, si bien moderado, no exento

de la energía propia del pensador profundo y del patriota sincero.

Como magistrado tuvo el valor cívico de resistir las pretensiones de caciques ensoberbecidos por el prestigio de su nombres o por los puestos públicos, que desempeñaban; y, como pensador, fué el apóstol de la causa redentora de la educación de la infancia, cuya herencia recogió José Pedro Varela levantando la bandera que había dejado caer Elbio Fernández con su prematuro fallecimiento.

Elegido diputado del pueblo por el departamento del Salto, formó parte en 1869 de la Cámara de Representantes, aunque, por desgracia, la cruel enfermedad que lo aquejaba le impidió asistir a las interesantes sesiones que a la sazón celebraba el Cuerpo Legislativo.

Sin embargo, cuando este alto poder del Estado discutía arduas cuestiones económicas cuya satisfactoria solución exigían el decoro nacional, el crédito público y la hacienda, el doctor don Elbio Fernández dió el más alto ejemplo de civismo, asumiendo una actitud tan

viril y patriótica, que ella debe vivir eternamente en el espíritu del pueblo.

He aquí por qué consagramos a este hecho las presentes líneas, lamentando que la pobreza del relato no corresponda a la grandiosidad del acto llevado a cabo por aquel estoico ciudadano, a quien José Pedro Varela llamaba su maestro.

Planteada en la Cámara de Representantes la trascendental cuestión del curso forzoso, los señores diputados se dividieron en dos grupos: uno, que pretendía *empapelar* el país, facultando a unos cuantos banqueros quebrados para que pudiesen emitir billetes inconvertibles, y otro, que se manifestaba decididamente hostil a semejante proyecto: de este último grupo formaba parte el doctor don Elbio Fernández, quien, como se ve, militaba en las filas de los soldados de la buena causa.

Después de un largo debate, que duró muchos días, llegó el de la votación definitiva, que iba a decidir tal difícil cuestión; y como es natural en casos semejantes, defensores e impugna-

dores se dispusieron a votar en pro o en contra del proyecto.

Ahora bien, los partidarios de la no emisión de billetes bancarios inconvertibles no eran numerosos, y temiendo ser derrotados en la votación, trataron de que ninguno de sus compañeros de causa faltase a ese acto, en que se jugaba el porvenir y buen nombre del país.

Entre éstos es encontraba Elbio Fernández; pero desgraciadamente no era posible contar con su voto, en razón de que el luchador incansable, el jurisconsulto de fibra, el periodista de arraigadas ideas, se hallaba postrado en su lecho desde hacía algún tiempo, esperando todos de un momento a otro un desenlace fatal.

Sin embargo, lo vieron, y puesto al corriente de lo que ocurría y comprendiendo que su presencia en la Cámara era imprescindible, hizo un esfuerzo sobrehumano y pidió que de cualquier modo, aunque fuese en camilla, lo condujeran al santuario de las leyes.

Fué entonces que el pueblo nacional y extranjero (porque la cuestión que se trataba era

de igual interés para todos), congregado en la plaza de la Constitución, en el vestíbulo de la Representación Nacional y en los corredores del piso alto del edificio del Cabildo, vió sacar de un carruaje al doctor don Elbio Fernández, con la palidez de la muerte retratada en su semblante.

Lo vieron después subir con paso lento la amplia escalinata del Cabildo, cariñosamente auxiliado por su médico y por varios de sus más fieles y consecuentes amigos, que no lo dejaron hasta depositarlo en su banca de legislador.

Y cuando llegó el momento de decidir la cuestión palpitante de aquella época memorable, Elbio Fernández, casi moribundo, cumplió con su deber, contribuyendo al borde del sepulcro al triunfo de la honradez y de la justicia, aunque con aquel acto entregaba su cuerpo en brazos de la muerte.

Algunas horas después, o sea el día 17 de junio de 1869, a las 10 de la noche, contando apenas veintisiete años de edad, y cuando puede

decirse que empezaba a despuntar la aurora de su vida, aquel hombre viril aceleraba su muerte, sucumbiendo víctima de su imprudencia y de su desmedido patriotismo.

¡Que el ejemplo de Elbio Fernández viva eternamente en el espíritu del pueblo!

El rey de la escuela

(1876-1877)

Allá por los años de 1876 a 1877, funcionaba en uno de los parajes más pintorescos de los alrededores de Montevideo una escuela pública, dirigida por cierto maestro que había dedicado la mayor parte de su vida a enseñar a leer, escribir y contar a tantos y tantos niños, que ya no sabía cuántos eran.

Agobiado por el peso de los años y las privaciones propias de su sagrado ministerio, el buen pedagogo estaba más para descansar que para esgrimir la palmeta, que continuaba usando, no como instrumento de tortura, pues era dema-

siado bondadoso para castigar a ninguno de sus discípulos, sino que como símbolo de su autoridad y profesión, pues él entendía que un maestro sin palmeta era un funcionario inservible, como es inservible un tintero sin pluma o un libro sin hojas.

La escuela de nuestro dómine era una casita sin apariencia alguna de edificio público, pues hasta carecía de rótulo que hiciese saber el objeto a que estaba destinada; pero, en cambio, todo el local respiraba orden, aseo y sencillez.

La sala hacía las veces de aula, y aunque no era grande, en cambio sus paredes estaban desnudas, poseyendo como único adorno un antiguo crucifijo, un destartalado pizarrón y varias láminas recortadas y pegadas en cartones de diferentes tamaños.

El mobiliario escolar corría parejas con el material científico, pues únicamente se veían bancos largos y altos, a los cuales se encaramaban los educandos con más dificultad que buen deseo, y una monumental tarima de tres cuerpos, dispuesta a modo de trono, desde cuya

plataforma dirigía la palabra a su infantil auditorio.

Daba clase indefectiblemente cinco horas diarias, menos los jueves, dedicados a venir a Montevideo con objeto de ponerse al habla con su superior inmediato, y los domingos y fiestas de guardar, que consagraba por entero a su familia.

Jamás se había quejado de las exigencias que las autoridades escolares suelen tener para con los preceptores, ni se despegaron sus labios para censurar a la Junta por su dilación en el pago del presupuesto; abnegado y prudente, era un verdadero modelo de santa resignación.

Todos los vecinos del distrito lo apreciaban sinceramente, aunque ninguno dióle nunca nada, sino que, todo al contrario, alguno que otro, no de los más pobres, pero sí de los más holgazanes, le *pechó* gallinas, medicamentos caseros, ropas, y aun dinero.

Cierto día que este excelente hombre se hallaba muy entretenido en hacer trazar palotes a

un grupito de muchachuelos *nuevos,* mientras el que ejercía las envidiadas funciones de monitor enseñaba la regla de tres a los mayores, vinieron a avisarle que había unos señores que deseaban visitar la escuela.

— Que pasen adelante, — contestó el maestro.

Una vez que los visitantes hubieron penetrado en el salón de clase, y después de haberse dado a conocer, el anciano profesor se quitó rápidamente una gorrita de seda negra con que defendía su venerable calva de las impertinentes moscas, de cuyo insecto ha sido siempre pródigo aquel paraje, y se apresuró a ceder su sitio a uno de los visitantes, hacia el cual demostraban los demás el mayor respeto y consideración.

— No, señor, — dijo éste; —cúbrase y tome asiento, porque es necesario que estos jovencitos comprendan que en la clase el maestro es el rey. Y sobre el rey no hay nadie, — agregó sonriéndose a pesar de su habitual seriedad y su carácter grave y austero.

Y colocando una de las sillas que habían

traído al lado del viejo sillón del preceptor, invitó a sus acompañantes a que hiciesen otro tanto, obligando al anciano pedagogo a cubrirse y proseguir la interrumpida lección, mientras él y los demás permanecían con la cabeza descubierta.

Aquel personaje que visitaba la humilde escuela que hemos descrito, con el respeto y la unción del sacerdote que visita un templo sagrado; aquel hombre que así enaltecía en la modesta personalidad de un pobre maestro rural a todo el profesorado uruguayo; aquel ciudadano, superior en ideas, sentimientos y procederes a muchas gentes de su tiempo, que quiso hacer del magisterio un apostolado y del maestro un elemento de regeneración social, era José Pedro Varela, el celoso defensor de la causa de la educación del pueblo.

Avaricia castigada

(1880)

¿Quién no recuerda con veneración al Vicario Apostólico don Jacinto Vera, más tarde Obispo de Montevideo?

Fué un sacerdote modelo por sus innumerables virtudes, un ciudadano meritorio por su desinterés y patriotismo, y un hombre que siempre ejerció su benéfica influencia en pro del bienestar social.

Jamás hizo derramar lágrimas a nadie, pues lo mismo los asuntos nimios y sencillos, que los más espinosos y trascendentales, los trató

con nobleza y circunspección, no tolerando supercherías ni engaños.

Su palabra ingenua y familiar era conmovedora y convincente cuando alentaba al que sufría, que oyéndolo cobraba ánimo para perseverar en sus empresas, para consolarse en sus pesares o para conformarse con las adversidades de la suerte.

Modesto en sumo grado, su casa estuvo siempre abierta a todo el mundo y su persona era accesible al pobre y al rico, al magnate y al humilde.

El tiempo que le sobraba, después de cumplir con su sagrado ministerio, lo consagraba a la beneficencia, a cuyo piadoso ejercicio aplicaba sus escasos recursos, y esto explica que cuando la muerte lo sorprendió, sólo dejase a sus herederos unas cuantas sotanas, ni muy buenas ni muy nuevas, un modesto mobiliario y algunos libros de poco valor.

¿Ni cómo podía dejar fortuna don Jacinto, cuando sus bienes eran el patrimonio de los desgraciados y sus emolumentos no le alcanzaban para practicar la caridad?

Daba lo propio impulsado por sus nobles sentimientos, sin que le doliesen prendas, atendiendo siempre con lo suyo o con lo ajeno apremiantes y penosas necesidades extrañas.

Con tales ideas y semejantes principios, es natural que no viese con agrado que los sacerdotes de su diócesis acumulasen fortuna, ni fomentaran hábitos sibaríticos: no habría sido tal conducta propia de los representantes de Jesucristo, ni era ése el ejemplo que él les ofrecía.

Pero, como por desgracia todos los hombres no son iguales, así en lo físico como en lo moral, sucedió que dos sacerdotes extranjeros no imitaban en estos sentimientos a su prelado, sino que, aguijoneados por un afán desordenado de adquirir riquezas, guardaban cuanto producían sus respectivas parroquias, salvo la parte que pertenecía a la Iglesia.

Además de este apetito de atesorar, estaban dotados estos dos desgraciados, que parecían cortados por una misma tijera, de otra condición no menos censurable, cual era la de ser increíblemente desconfiados.

Así, como no querían tener en su poder el producto de sus economías, por no considerarlas suficientemente garantidas, resolvieron depositarlas en manos del Obispo, quien no vaciló en complacerlos con la intención de aleccionarlos, pues don Jacinto conocía su doble debilidad.

Transcurrido algún tiempo, resolvieron estos hombres ausentarse para su país natal, a cuyo efecto un buen día se presentaron en la casa del prelado, a quien pusieron al corriente de su proyecto, terminando por rogarle del modo más reverente la devolución del dinero que le habían confiado, a lo cual contestó don Jacinto con su habitual sencillez: — « Me dijisteis que eran vuestros ahorros, y para seguridad de mejor fruto para vosotros, los he depositado en manos de los pobres de vuestras parroquias. Jesucristo, que en su Evangelio se llama el representante de los necesitados, os devolverá en el cielo vuestros beneficios con el ciento por uno que tiene prometido. »

Y así era real y positivamente: el augusto

anciano había distribuído aquellos fondos entre gentes menesterosas y entre pobres de solemnidad.

La acción de don Jacinto Vera podrá haber arrancado lágrimas de despecho a los dos tacaños impenitentes, pero es indudable que el ángel de la caridad batiría sus alas en demostración de gratitud ante el resultado humanitario de semejante proceder.

Las crecientes del Yaguarón

(1888)

El río Yaguarón tiene sus fuentes en el Estado de Río Grande, sirviendo después de límite al departamento de Cerro Largo con el Brasil.

Su longitud excede de 140 kilómetros, y aunque es navegable en todo su curso inferior, de acuerdo con el tratado Lamas - Souza, celebrado en 1851 y ratificado en 1852, sólo pueden surcar sus aguas embarcaciones brasileras.

Tributa sus aguas en el lago Merín, cuya navegación también nos está vedada por el mismo tratado, a pesar de pertenecer a la República

una gran parte de su margen occidental; de modo que únicamente los buques del país vecino pueden disfrutar del beneficio que les proporciona la circunstancia de tener el lago Merín comunicación con la laguna de los Patos, unida a aquél por una especie de canal natural llamado San Gonzalo, y la laguna de los Patos salida al Atlántico por la barra del Río Grande.

Tiene el lago Merín 174 kilómetros de norte a sur y 24 de este a oeste, siendo mucha la profundidad de sus aguas, y recibiendo además del Yaguarón, los ríos Tacuarí, Cebollatí, el potente arroyo San Luis y una porción de arroyuelos que alimentan este vasto recipiente.

Son sus costas bajas y explayadas, si bien poseen algunos albardones separados por pequeñas puntas, que, internándose en el lago, forman varios recodos que ofrecen a las embarcaciones seguros fondeaderos, que se podrían convertir en puertos si, con más equidad, nuestros vecinos anulasen el tratado aludido, en cuanto se refiere a la navegación por las aguas del lago.

El perfil de sus riberas es, pues, muy irregular, debido a los embates de las olas que allí se forman, las que, al chocar contra aquéllas, aflojan las tierras circunvecinas, dando margen a que sea copiosa la vegetación que crece a sus orillas, pues sin la acción de las aguas esta región sería árida y monótona, en razón de abundar en sus costas elevadas dunas, campos inundados de arenas y, como acabamos de decir, terrenos pantanosos y bajos.

Sobre la margen derecha del Yaguarón se levanta la villa de Artigas, descrita así por el doctor Luis Melián Lafinur:

« Artigas es un pueblito de mil almas, que se divide en dos partes: el pueblo de la cuchilla y el pueblo de la costa. Este último se ha levantado ingeniosamente en un punto que inunda el agua de las crecientes; de manera que pasar una noche toledana en las azoteas, o disparar al campo con lo puesto, es lo menos malo que puede suceder a sus habitantes, en el caso frecuente o previsto de una inundación.

« Ni siquiera el recurso de un bote para mo-

mentos apurados tienen los pobres vecinos, gracias al célebre tratado de 1851, en que, infringiendo el gobierno brasilero todos los dictados de la equidad y la justicia y todos los principios del derecho internacional, se reservó el derecho exclusivo de la navegación del Yaguarón y la laguna Merín. Y tan estrictamente entienden las autoridades brasileras fronterizas las cláusulas del tratado, que no permiten ni una canoa a los habitantes de Artigas; de modo que, en caso de conflicto producido por las crecientes, tienen que estar a merced de la buena o mala voluntad de la policía de la otra orilla.»

Este conflicto se produce casi cada año; pero nunca, como en 1888, asumió proporciones tan enormes ni devastadoras.

Durante la noche de un día cuya fecha recuerdan con tristeza los habitantes de Artigas, el Yaguarón empezó a crecer con rapidez inesperada, y, como serpiente inmensa que se retuerce furiosa, o cual huracán desencadenado que brama y derrumba cuanto a su paso en-

cuentra, ultrapasó con ímpetu irresistible las altas barrancas de sus orillas, arrancó de cuajo los seculares árboles hasta entonces respetados por el hacha del leñador, e invadiendo campos y solares llegó hasta el blanco caserío, despertando con sus formidables bramidos a los pacíficos moradores de la villa. Pronto la gritería de éstos hizo vibrar el espacio ennegrecido por las sombras de la noche, que aumentaban el pánico de todos; corrían despavoridas las mujeres con el agua a la cintura, los niños buscaban el amparo de los mayores, o se subían a las azoteas impulsados por el instinto de conservación, o se acurrucaban en algún sitio recóndito, mudos por el terror y lívido el semblante, mientras que los hombres sin familia en el pueblo huían a caballo en sentido contrario de donde procedía el hirviente y espumoso oleaje.

Las disposiciones de las autoridades policiales y aduaneras que habían acudido presurosas al sitio de la catástrofe no eran cumplidas por nadie, porque cuando el pánico se apodera de un pueblo y reina el desorden en los momentos

del peligro, nada es posible hacer con éxito en beneficio de los demás.

Entretanto las aguas continuaban avanzando en extensión y profundidad, lamiendo ya los flancos del barrio nuevo de Artigas, llamado *el pueblo de la cuchilla,* hacia el cual arrojaban las cosechas que a su paso habían traidoramente arrebatado a las bien cultivadas huertas y chacras circunvecinas, arruinando quién sabe para cuánto tiempo al hacendoso labrador.

Hubo durante aquella infausta noche muchas escenas de dolor, pero también muchos actos de heroísmo; grandes fueron las pérdidas materiales, pero nadie escatimó la abnegación y la generosidad, aun con riesgo de sus vidas o de sus intereses.

Al día siguiente, aquellas alegres comarcas ofrecían el mismo aspecto que presentan las márgenes del Nilo cuando este río se desborda para fertilizar con el fecundo légamo que en ellas deposita mansamente, los campos resquebrajados y arenosos del Egipto, con la diferencia de que el mar de agua dulce en que se con-

vierte el Nilo, era en este caso un inmenso lago de turbias aguas, en el cual flotaban techos de ranchos, útiles de labranza y animales domésticos, todo ello coronado por la villa de Artigas, cuyas casas sobresalían de las aguas, orgullosas por haber resistido a la fuerza inconmensurable de aquel torrente avasallador.

La pérdida de vidas fué felizmente insignificante con relación a la magnitud del desastre, y ninguna persona hubiera sucumbido si las autoridades orientales pudiesen disponer de pequeñas embarcaciones, por medio de las cuales habríanse salvado las escasas víctimas que hizo la creciente.

Pero el funesto tratado de 1851 es inexorable, aun en las circunstancias más anormales y extraordinarias, no permitiendo a los moradores de Artigas ni tan siquiera el uso de botes salvavidas [1].

(1) Este lamentable hecho ha cesado desde 1910, en virtud del acto espontáneo de los Poderes públicos del vecino país llamando a la República O. del Uruguay a que comparta con el Brasil el derecho común a la navegación por el lago Merín y el río Yaguarón, cuyas aguas, desde este último tratado, pertenecen por mitad a los dos países ribereños.

Contra envidia...

(1889)

Inusitado movimiento se notaba en todas las escuelas de la República; los alumnos prestaban mayor atención que nunca a las explicaciones de sus maestros; los *deberes* que éstos les imponían eran más largos, numerosos y difíciles, al extremo de obligarles a recordar todas las lecciones dadas durante el año; y a menudo era necesario trasnochar, o bien levantarse muy temprano para no exponerse a sufrir la humillación de *quedarse a la cola.*

En cuanto a los profesores, *apretaban las clavijas* a sus discípulos de una manera despia-

dada; no perdonaban al que se equivocase, ni al que llegaba tarde, ni al perezoso, ni al *rabonero,* ni al desaplicado, con la particularidad de que las horas de clase se solían prolongar más de lo regular y de que la salida se efectuaba algo más tarde que en el resto del año: hecho que explicaban los maestros alegando que los niños habían venido a la escuela con retraso, o porque el reloj de la clase no andaba bien, o en virtud de que era necesario terminar las explicaciones sin dejarlas para el día siguiente.

Por su parte, las familias de los educandos también los atosigaban, no permitiéndoles entregarse a sus juegos favoritos, ni salir a paseo, ni reunirse con sus amigos predilectos, como de antemano no hubiesen cumplido con las obligaciones impuestas por los maestros.

No había, pues, escapatoria: era preciso estudiar, aplicarse, trabajar, pues de lo contrario saldrían mal en los próximos exámenes, lo cual sería una vergüenza para sus nombres, que no figurarían en el *cuadro de honor* del colegio; para sus padres, que tanto se afanaban por

proporcionarles una educación esmerada, y para los maestros, que se desvivían apelando a todo su ingenio para trasmitirles e inculcarles sus vastos y múltiples conocimientos.

Había, pues, llegado el momento de la prueba, se aproximaba la época de los exámenes de fin de año, y ésta era la causa de la inmensa animación que se notaba en todas las escuelas, porque así como el niño aspira a ser el primero en la clase, también el maestro pretende, a fuerza de paciente trabajo, que su establecimiento no sea, por lo menos, el último entre todos los demás.

Las escuelas rurales como es lógico, ofrecían un cuadro análogo, y aguijoneados sus directores por la más noble de las pasiones, — la emulación, — excitaban a sus educandos a que, aprovechando el tiempo, contribuyesen a que los próximos exámenes dejasen complacidos a las autoridades, a las familias y, en general, al numeroso público que, ese año, como en los anteriores, indudablemente los favorecería con su presencia.

Y, ¿cómo no afanarse, cuando ese año se había resuelto premiar a los niños más estudiosos, buenos, puntuales y sobresalientes, con medallas de plata, diplomas de honor, menciones honoríficas y hermosos libritos de entretenidos cuentos?

Tal era el cuadro que presentaba cierta escuela rural de un departamento del interior, cuyo maestro (a quien los niños llamaban con tanto cariño como respeto, *don Gabriel*), hombre joven, lleno de méritos, vocación y talento, había convertido en un verdadero apostolado la noble profesión de mentor de la infancia.

Don Gabriel era el consejero de sus alumnos, el que les inculcaba por medio del ejemplo todos los preceptos de la más pura y acrisolada moral; el que intervenía en sus juegos y dirimía sus pueriles polémicas; el que armonizaba caracteres y aclaraba dudas, siendo siempre sus decisiones tan justas, que todos quedaban satisfechos, aun aquellos contra quienes él dictaba sus fallos.

Este resultado no sólo era debido a su ca-

rácter austero como padre de familia, como ciudadano y como hombre, sino a los procedimientos que empleaba como preceptor en sus relaciones con su pequeño ejército escolar; porque cuando don Gabriel hacía justicia, nunca dejaba de explicar las causas que tenía para obrar así: siempre fundaba sus decisiones en consideraciones tan concluyentes y lógicas, que llevaban al ánimo de todos el profundo convencimiento de la rectitud de sus procederes.

Tal modo de formar el carácter de los niños tenía que producir resultados satisfactorios; así es que no debe causar extrañeza el caso que pasamos a relatar, porque era natural consecuencia de la educación recibida en la acreditada escuelita rural que, con aplauso general de los habitantes del distrito, el Gobierno había acertadamente confiado a la pericia, tino e ilustración de don Gabriel.

Existía en el establecimiento de enseñanza de referencia un niño de unos trece o catorce años de edad, tan bueno como inteligente,

tan estudioso como querido de sus compañeros por estas cualidades y otras no menos laudables. Sólo tenía en su contra la pobreza de su familia, que refluía en él de una manera tan dolorosa, que era el único alumno de la escuela que carecía de calzado, no disponiendo siquiera de un par de alpargatas para presentarse con decoro y no lastimarse los pies al recorrer el largo trayecto de tres kilómetros que mediaba entre el miserable casucho que le servía de albergue y el local de la escuela.

Juan Pérez, que así se llamaba el héroe de esta verídica historia, era el alumno más aventajado que tenía don Gabriel, quien le profesaba entrañable cariño, de igual modo que le querían sus compañeros, al contemplarlo tan pobre, tan bondadoso y tan aplicado.

Pero Juan no podía concurrir a los exámenes por impedírselo su pobreza, pues bajo ningún concepto quería exponerse a los severos juicios de sus condiscípulos presentándose en tan solemne ocasión con su traje viejo, descolorido y remendado, desnudos sus pies y mal abrigada

la cabeza, mientras que los demás niños lucirían ese día vestidos nuevos y flamantes botines.

Su delicadeza infantil tampoco le permitía poner en ridículo al profesor concurriendo casi harapiento a un acto al que asistía siempre un numeroso público, pues para los vecinos del paraje en que su escuela estaba situada, los exámenes de fin de año eran una fiesta tan trascendental como la de la recolección del trigo.

Por otra parte, nunca se habría perdonado la acerba crítica que su presencia en aquel acto habría acarreado a su pobre y honrada madre por la carencia de un traje que fuese presentable; y Juan se hallaba resuelto a no ocasionarle ningún disgusto, ni la menor contrariedad, porque si era buen camarada, era todavía mejor hijo.

Su decisión estaba, pues, tomada: se quedaría en su casa alegando ante el maestro un pretexto cualquiera para no venir... y que otro niño se llevase la medalla de plata que él tenía tan legítimamente ganada.

Además, Juan reflexionaba que el primer premio tal vez no lo obtendría, porque estaban de por medio el hijo del Juez de Paz, persona de valimiento en la sección; los dos hijos del dueño de la *pulpería* más cercana, que había cedido el terreno para construir el local de la escuela, y, finalmente, no faltaría al examen Ricardo, hermano menor del labrador más rico del distrito, aquel Ricardo tan suelto de cuerpo como expedito de lengua, que vivía en una hermosa casa de azotea, había efectuado varios viajes a Montevideo y era, además, atrevido y locuaz como ninguno.

Cierto es que don Gabriel no permitiría que se cometiesen injusticias; pero las personas que formasen la Comisión examinadora ¿se aconsejarían del maestro para la distribución de los premios, u obrarían según su criterio y con arreglo a la impresión del momento?

En conclusión, Juan resolvió no ir a los exámenes, lo que participó a uno de los condiscípulos con quien más intimaba, dejando apenas

traslucir con frases veladas la causa de su futura inasistencia.

. . . . . .

. . . . . .

La antevíspera del día de los exámenes, a la hora del recreo, los alumnos de la escuela de don Gabriel se encontraban reunidos debajo de la enramada hablando en voz baja, cuchicheando, y con todas las apariencias de gentes que tratan de poner en planta algún proyecto clandestino. Uno de ellos estaba en acecho para avisarles si el maestro aparecía; otro iba depositando en su cartera los vintenes o reales que cada uno entregaba, mientras que un tercero anotaba en un papel los nombres de los donantes y el monto de las cantidades que se recogían.

Terminada la operación, el que hacía las veces de tesorero, que era uno de los mayores, procedió a contar lo recaudado, que ascendió a la suma de seis pesos, ocho reales y un vintén.

—Sobra plata, dijo alborozado; y después de colocarla en un ángulo de su pañuelo, atóla fuertemente y, guardándola en uno de los bolsi-

llos de su amplia bombacha, se apresuró a entrar en clase conjuntamente con sus demás compañeros, porque el maestro hacía sonar la campanilla llamándolos a todos.

Una vez concluídas las tareas escolares, y cuando estuvieron todos prontos para retirarse y no volver hasta el día del examen, pues el de la víspera no había clases, a fin de que el preceptor pudiese consagrarse al aseo y arreglo del salón, el que hemos dicho que había guardado el dinero pidió permiso para hablar, y, una vez concedida la anuencia, para ello, se expresó del siguiente modo:

—Don Gabriel: ha de saber usted que Juan Pérez no vendrá a los exámenes porque no tiene ropa con qué presentarse, y como la madre tampoco puede comprársela porque está muy pobre, nosotros hemos levantado una suscripción, cuyo producto destinamos a la adquisición de un traje, un sombrero, una camisa, una corbata y un par de botines para nuestro compañero. No podemos, bajo ningún concepto, permitir que Juan deje de asistir, pues sería

privarlo del primer premio, que bien sabemos que le pertenece con toda justicia, por la inteligencia, el buen corazón que posee y lo muy aplicado que es. Por lo tanto, le rogamos que acepte este dinero y se lo lleve a su familia, si es que usted no quiere tomarse la tarea de ir hasta el pueblo y comprarles las prendas que necesita.

Enternecido don Gabriel ante la generosa actitud de sus alumnos, no sabía qué contestar; se hallaba verdaderamente conmovido, porque aquella acción tan espontánea era el resultado de su propia obra, de los sentimientos que les había inculcado, de sus reiteradas prédicas moralizadoras, de su ejemplo vivo, y era también demostración elocuente del carácter bondadoso de aquel grupo de niños, que obraban así guiados por sus propios impulsos y no como inconscientes autómatas.

Así es que sólo pudo articular estas cortas frases:

—Son ustedes unos diablos; váyanse a sus casas, que yo me encargo de lo demás.

Y tan bien cumplió don Gabriel los deseos de sus caritativos discípulos, que el día de los exámenes, Juan, vestido con un traje nuevo, aunque modesto, como correspondía a su humilde posición, se encontraba en su respectivo banco ocupando el primer puesto entre los niños de la clase más adelantada.

. . . . . .

. . . . . .

Terminado el acto, el presidente de la Comisión examinadora se puso de pie, — actitud que imitó toda la concurrencia, — y pronunció breves palabras alusivas a la fiesta que se celebraba, pasando después a nombrar los alumnos premiados:

— Juan Pérez, — dijo, — medalla de plata, primer premio!

Apenas hubo terminado, todos los niños batieron palmas de alegría, mientras que la concurrencia quedábase perpleja ante aquella no acostumbrada explosión de entusiasmo.

Pero se dió cuenta exacta de lo que pasaba cuando, concluída la distribución de los premios,

presenció cómo Juan era rodeado por unos, y por otros abrazado y felicitado, sin que dejase de tomar parte en estos agasajos el mismo Ricardo, que, aunque algo pagado de sí mismo, tenía buen corazón y había contribuído como los demás a la compra del traje y, por consiguiente, a que se cumpliese aquel acto de justicia que reemplazaba la envidia por la caridad.

Filantropía agrícola

(1894)

En una pequeña llanada comprendida entre dos cuchillas de escasa altura, se levanta un humilde rancho de paredes de terrón, techado de paja brava ennegrecida por la acción del tiempo, y de espesor bastante grueso a fin de que sus habitantes estén al abrigo de la intemperie y defendidos de las torrenciales lluvias del invierno: es la rústica vivienda de don Gervasio.

A un lado del rancho, y con éste formando ángulo recto, se encuentra la cocina, tan ancha, larga y alta como el rancho; la cual, además

del uso diario a que está destinada, hace las veces de granero, de depósito para los útiles de labranza y de amplio comedor.

Ya porque la destructora hormiga hubiese hecho presa en los primeros brotes de los árboles que el dueño de tan precaria mansión plantara reiteradas veces y siempre con igual resultado negativo, ya en razón del escaso cuidado que con ellos se tuvo, lo cierto es que ninguna planta alegraba la vivienda que, libre de obstáculos, se destacaba sobre el valle, como puede destacarse sobre la inmensa llanura del mar el pintado casco de embarcación de gran porte.

Del lado por donde las paralelas cuchillas tienden a disminuir su altura terminándola en el nivel ordinario del suelo, culebrea mansamente el pintoresco arroyo de Cagancha, a cuyas orillas libró el general don Fructuoso Rivera, el día 29 de diciembre de 1839, una de las batallas más sangrientas y menos duraderas que registra la historia de la República, contra las huestes de don Juan Manuel de Rosas,

quien enviara un ejército de cinco mil hombres, a las órdenes de don Pascual Echagüe, con el innoble propósito de apoderarse de la República y someterla a la sangrienta prepotencia del sombrío tirano argentino.

Sembrados de cadáveres quedaron los campos de Cagancha después de tan gloriosa acción de guerra, y pasto habrían sido de las aves de rapiña, si la piedad de los vecinos de esa comarca no hubiese ocurrido a tiempo para impedirlo, dando cristiana sepultura a los cuerpos inermes de los que en vida lucharon desesperadamente por el triunfo de sus respectivas causas.

A pesar del tiempo transcurrido desde aquella fecha luctuosa, en las que las armas orientales se cubrieron de inmarcesible gloria, cuando el arado del labrador rompe la tierra abriendo en ella hondo surco, todavía suele tropezar con huesos humanos, cuyo natural ropaje sirvió para abono del terreno, haciéndolo más feraz de lo que en sí lo es por naturaleza.

Del lado opuesto a aquel en que corre el río, cada día observa la familia de don Gervasio

cómo el sol se oculta en el horizonte, enviando a la llanada sus pálidos y amortiguados rayos después de haber inundado la comarca de torrentes de luz y calor, que vivifican las plantas, solazan el espíritu y dan animación al paisaje.

Pero la rústica vivienda permanece ahora solitaria, sin que nadie la visite, sin que la alegre gritería de los hijos del dueño resuene en el silvestre monte vecino, y sin que las amigas y comadres de la señora de don Gervasio vengan a saborear el sabroso cimarrón, sentadas en las pobres sillas de anea que forman el principal ajuar de la casa.

Silencio sepulcral reina en su contorno, aumentado por la lejanía del camino más próximo, pues hallándose el rancho del pobre labrador cerca del monte, en el fondo de un vasto campo de pastoreo fraccionado temporalmente en chacras, por allí nadie siente la necesidad de pasar, y sólo cruzan el espacio, en las respectivas estaciones del año, bandadas de palomas, parejas de gritones teruteros y pájaros de variado plumaje, que en tiempo de la siembra sientan sus reales

en el distrito para arrebatar al labriego la semilla que, esperanzado, con tanta fe deposita en el hondo surco.

Por la noche, la soledad es todavía más profunda y espantosa, más lúgubre e imponente, pues como nadie cruza por aquel paraje ni es paso para ningún otro sitio, ni hay cerca población alguna, sólo llegan hasta la mansión del solitario agricultor esos ruidos propios de la noche, remotos e inexplicables, que infunden pavor al más valiente, y dan una idea remota de la soledad de las tumbas.

Pero, si triste es el aspecto que exteriormente ofrece el humilde rancho que describimos, no menos aflictiva es la escena que presenta su interior, dividido por dos tabiques en tres habitaciones miserablemente amuebladas, en las cuales gimen once personas — es decir, toda su familia — víctimas del *tifus,* esa terrible enfermedad que, sin respetar sexo, edad, ni las mayores o menores comodidades de que uno pueda estar rodeado, tantas víctimas hace indistintamente entre todos los miembros de la sociedad.

Y paciente y solícito, don Gervasio a todos atendía, aplicándoles los remedios prescriptos por la ciencia médica, cuidándolos con paternal esmero y prestándoles las atenciones que requería un estado tan delicado y aflictivo.

La funesta dolencia, entretanto, seguía su terrible marcha, y aunque parecía que ninguno de los pacientes sería víctima de ella, el tiempo era corto para atender a tantos enfermos, los medios escaseaban, la miseria iba creciendo y era imposible dedicarse al trabajo sin exponer a una muerte segura a todos aquellos seres, sangre de su sangre y carne de su carne.

Esto afligía doblemente a nuestro hombre, que, si como jefe de familia se hallaba en el deber de acudir en socorro de los suyos, cual lo hacía con evangélica resignación, no le era lícito, por otra parte, abandonar su chacra, ni dejar de labrar su campo, que necesitaba, ese año más que otro alguno, le produjese lo necesario para atender a su subsistencia y cubrir con su producto los compromisos de todo género, contraí-

dos con motivo de la penosa y lenta enfermedad de que eran víctimas su esposa e hijos.

Entretanto la época de la siembra se aproximaba con más rapidez de lo que don Gervasio quería, y sus tierras no estaban siquiera labradas, ni era posible, por consiguiente, depositar en ellas el grano de oro del agricultor. Su ruina era, pues, inevitable: pensamiento que lo abrumaba; y luchando contra su desgracia y su impotencia, pasaba las noches en blanco, al par que su naturaleza fuerte, sana y robusta, se resentía con tantas cavilaciones y vigilias.

Los campos de las granjas y chacras del contorno se encontraban, en cambio, limpios de abrojos y *yuyos* malos, aradas y rastreadas las tierras dispuestas a recibir en su seno la bienhechora semilla que, germinando, proporcionaría a sus vecinos la dicha y riqueza que ese año, por desgracia, no brillarían para él.

Cuando todo esto observaba desde la puerta de su rancho y en su negro porvenir meditaba, caía en un estado de profunda tristeza, el abatimiento se apoderaba de él, y, aunque no se en-

Dornaleche Hnos.

EDITORES

IMPRENTA ARTISTICA

TALLERES DE LIBROS EN BLANCO

CASA ESPECIAL EN IMPRESIONES DE LUJO

RAYADOS DE TODAS CLASES

GRABADOS, SELLOS DE GOMA, TIMBRADOS

ARTÍCULOS DE ESCRITORIO EN GENERAL

TEXTOS UNIVERSITARIOS

LIBROS Y ÚTILES PARA ESCUELAS

Calle CERRO LARGO, 783

Entre Ciudadela y Florida

U. T. E. 8-06-95